

U.A.

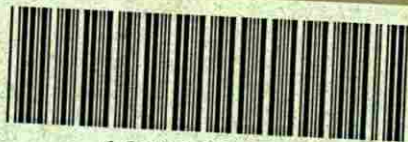
AUTÓNOMA DE NUEVA
GENERAL DE BIBLIOTE

67

MURGER

LA NOYA
DE TODAS
LAS MUJERES

PQ2367
.M94
N68



1020026692



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

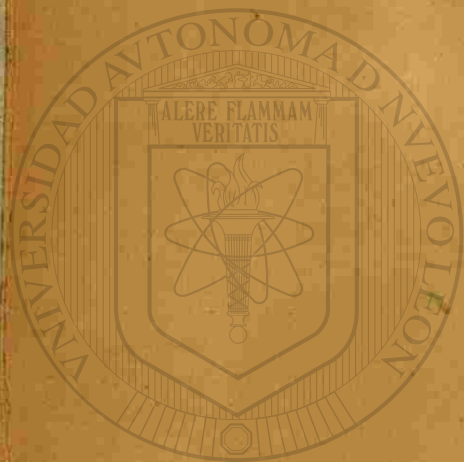
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES

Núm. Clas. N
Núm. Autor M 976
Núm. Adq. 30585
Procedencia -8- (R)
Precio
Fecha
Clasific. Sec
Catalogó



COLECCIÓN REGENTE

LA NOVELA
DE TODAS LAS MUJERES

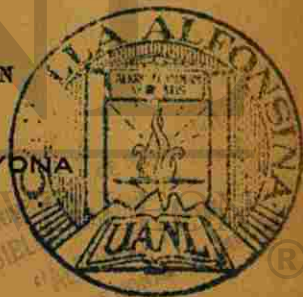
POR

ENRIQUE MÜRGER

TRADUCCION

de

ENRIQUE BAYONA



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

RAMON BOFENA, EDITOR.— Administración de LA VIDA GALANTE

Calle de Gravina, 10

1900

85848
30585

843
M.

PQ2307
.M93
M68



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE...
APDO. 1625 MONTECITRER, NUEVO LEÓN

La novela de todas las mujeres

I

El «boudoir»

El tocador de la condesa Cesarina de Rouvres, era á la vez el más original y el más encantador *boudoir* que podía verse en el *faubourg* Saint-Germain, desde la calle de Varennes á la de Vaugirard.

Situado en la parte más solitaria de la casa, relegado á unas habitaciones cuyos huecos caían sobre inmensos jardines que habían escapado hasta entonces á la fiebre especuladora que los arrasaba todos, construyendo altos edificios allí donde se veían antes magníficos árboles, constituía un rincón discreto y silencioso, dispuesto con gracia y suprema coquetería por uno de los artistas más renombrados de la época, que había dado rienda suelta á la vivacidad y capricho de su fantasía. Estrecho como lugar en donde nunca deben estar más que dos,

salvo la presencia inesperada de un tercero; aquel *boudoir* recibía luz únicamente por un solo balcón, cuyos cristales pulimentados no dejaban pasar más que una claridad blanca y mate que armonizaba perfectamente con la coloración gris perla y el mobiliario de madera de limonero, guarnecido de damasco azul pálido.

La chimenea, en la que no se encendía fuego, era de mármol blanco sin pulimentar é imitaba dentro sus proporciones al pórtico reducido de un templo ateniense.

Contra lo que podría suponerse, aquella chimenea no daba carácter de capilla ni de museo á la habitación, por la cual veíanse diseminadas con artístico desorden, mil curiosidades y naderías reunidas por un capricho de la moda y olvidadas al siguiente día por otro. No se veían allí ni esmaltes, ni vasos de Sajonia, ni de Sevres, ni cristales de Bohemia ó de Venecia, ni copas etruscas ó de raras y extravagantes figuras recortando su roja silueta sobre un fondo negro. El aficionado á objetos chinos habría vanamente buseado allí esos grandes jarros de piedra azul ó de loza barnizada, llenos de mandarines de oro, pescando peces de plata, en un mar de cobalto. No se veían allí tampoco fetiches indicos ni frutas petrificados, ni pájaros disecados, ni bronces, ni *biscuits*, ni cestos de escamas, ni billetes de teatros, ni de concierto, ni billetes de lotería, ni siquiera billetes amorosos.

La chimenea estaba simplemente adornada con un reloj de mármol blanco, cuyo modelo original había sido pedido al cincel griego de un escultor moderno, así como las dos figuras que completaban el adorno y que se reflejaban en una gran luna biselada encuadrada por sencillas molduras de ébano con pequeños relieves de plata. El techo de la habitación afectaba la forma de una cúpula plafonada cuyo friso de roble tallado, figuraba una guirnalda de flores de artístico dibujo, á derecha é izquierda de la puerta cortinajes de terciopelo blanco recamado de plata, y en jardineras semejantes á cuernos de la abundancia, enormes ramilletes de camelias, flores pálidas é inodoras que por su blancura natural y tal vez también por su vecindad con los mármoles, se podían creer petrificadas.

A los lados de la chimenea veíanse colocados en marcos parecidos al adorno del espejo, magníficos grabados de Ary Scheffer, *Deux mignons*, único pintor que ha sabido traducir con escrupulosa fidelidad el melancólico consorcio de la esperanza y el pesar.

La alfombra, una de esas maravillosas producciones de la industria índica, que había sido adquirida en un bazar de Ispahan, y en la que se hundían los pies al caminar, ahogando el ruido de los pasos, era de un espeso tejido de lana blanca sembrada de flores azules, pudiéndose decir al contemplarla

que parecía la lucha de la primavera contra el invierno, un jardín de violetas bajo la nieve.

Al entrar en aquella habitación, de la que se desprendía un vago perfume de gineceo, se experimentaba una sensación de frío seguida de un deslumbramiento semejante al que se sufre pasando rápidamente de un lugar obscuro á otro lleno de luz. Pero á pesar de la claridad del día, todos los objetos quedaban de tal suerte confundidos en el matiz general, que era preciso esperar algún tiempo antes de poder cerciorarse si se estaba dentro de una habitación humana ó en medio de una nube fantástica que aprisionaba un rayo de luna.

Únicamente una mujer rubia como una cascada de oro, podía atreverse á vivir en semejante lugar, soberbio, de pristina blancura. Pero nuestra heroína es morena, y la blancura inmaculada de aquel *boudoir* estaba dispuesta sin duda por la ciencia del contraste y debía servir para hacer resaltar una figura de la escuela veneciana.

Y puesto que conocemos ya la concha, veamos la perla.

Precisamente ved aquí nuestra heroína, entra en la habitación con la majestuosa parsimonia de una diosa que se pasea sobre las nubes, completamente vestida de blanco, sus ropas amplias, ciñen su cuerpo con grandes pliegues de elegante estilo que recuerdan, por su corte, las formas de las túni-

cas que usaban las damas romanas antes de la invasión de las modas áticas. Una redcilla de cintas blancas aprisiona su opulenta cabellera, cuyo ébano parece todavía húmedo por un perfume lustral.

Viéndola aparecer así, un poeta pudiera creerse transportado en plena mitología y tomar á la condesa por una inmortal escapada del olimpo.

En tanto que ella se acerca al espejo para mirarse, será este el momento oportuno para trazar su retrato; pero tal modelo requiere otro pintor. Nosotros solamente diremos que Mme. Cesarina poseía un género de belleza que pudiéramos llamar colectivo, donde se reunían con armónica perfección tres tipos opuestos: la vivacidad meridional, la indolente melancolía germánica y la espiritual gracia francesa. El retrato moral ofrece más ó menos la misma reunión singular y antitética, porque la condesa es á la vez tierna como Julieta, sentimental como Margarita y coqueta como Celimene; es en fin, una mujer.

En cuanto á su *boudoir*, no era únicamente una *mise en escene* dispuesta para poner de relieve su hermosura, puesto que siempre estaba sola; había prohibido la entrada á todo el mundo, aun á su misma camarera, que había recibido al efecto las más severas órdenes. Si durante las horas que Cesarina pasaba cuidadosamente encerrada, venía alguna visita, los criados debían res-

ponder que la señora había salido. Uno de ellos, que un día por olvido obligó á la señora á pasar al salón para recibir á su tío, que insistía en verla, fué despedido inmediatamente.

¿Podía, pues, considerarse aquella habitación como un lugar fuera de lo ordinario?

Así era, en efecto, para la condesa: un lugar sagrado que no podía profanar nadie extraño; era un templo.

Pero ¿á quién estaba dedicado? ¿A una esperanza ó un pesar?

A un pesar, sin duda; porque Mme. Cesarina no entraba jamás sin que una nube de tristeza se extendiese por su rostro y salía más triste aún que entraba, resolviéndose con frecuencia aquella tristeza en lágrimas, que si las paredes no hubiesen estado construidas á prueba de indiscreciones, más de una vez hubieran dejado oír los sollozos apenas comprimidos que se escapaban del pecho de la condesa, alternando, durante horas enteras con confusas interjecciones que salían de sus labios.

¿A quién iba dirigida aquella ofrenda de solitarias lágrimas? ¿Por qué este dolor misteriosamente oculto por un velo blanco!

La condesa Cesarina de Rouvres, era viuda.

Viuda, efectivamente, pero hacía un año que su luto había terminado y, al decir de todos, el difunto no merecía una prolongación de dolor más allá del plazo oficial.

Su enlace con la condesa había sido uno de esos matrimonios llamados impropriamente *mariage de raison*, por una antífrasis más irónica aún, matrimonio de conveniencia.

¿Qué razón ó qué ventajas ofrece la unión de un hombre caduco, enfermo y avejentado, con una joven que no ambicionaba todavía ser una mujer y que prefería los juguetes á las joyas y las correrías por el jardín á los necios cumplimientos sociales? ¿A qué ley se obedece uniendo la aurora á la caída del día, la mueca repugnante á la sonrisa candorosa, la voz que tose á la voz que capta?

A pesar de esto, una mañana fueron á buscar á la señorita Cesarina de Neuil al convento en donde se educaba, é interrumpió una partida de raqueta comenzado para que pusieran en su dedo el anillo nupcial del señor conde Silvano de Rouvres, que al finir el año la dejó viuda.

En verdad que en este caso no era procedente renovar el inconsolable dolor de Artemisa, ese antiguo modelo de fidelidad conyugal; por otra parte, tal fidelidad no se aviene con nuestras costumbres; hoy día, la mujer del rey Mausole hubiera tal vez ordenado la construcción del monumento, pero se hubiera casado con el arquitecto.

La condesa de Rouvres no lloraba, pues, á un muerto.

Después de la pérdida sufrida, Cesarina

obedeció á las sociales conveniencias no fingiendo una pena inmotivada y que á nadie hubiera engañado.

Finido el año, abrió de nuevo su salón y reapareció en el mundo, ó, mejor dicho, hizo su entrada en él, puesto que durante la época de su matrimonio con Mr. de Rouvres, había permanecido en su casa luchando con su mal humor y con el egoísmo brutal de aquel viejo que se sentía morir.

Presentada á la sociedad parisina por su tío Mr. de Neuil, la condesa de Rouvres fué inmediatamente considerada como una rival por las mujeres de todas las aristocracias, y la lucha empezó cortés en la forma pero hostil en el fondo. Al terminar un año, sea que la condesa se declarase vencida, sea que renunciase al cetro de la elegancia y de la espiritualidad, desapareció de pronto de la sociedad, y por más que se intentó fué imposible descubrir su retiro.

Esta huida causó una gran sensación; tuvo lugar durante el verano, estación muerta para el escándalo, y habían pasado algunos días sin que los ociosos pudieran distraerse con algo nuevo; la fuga de la condesa llegaba oportunamente, era un nuevo tema que desarrollar y realmente no faltaron oradores.

Los periódicos de París hablaron del suceso; mil suposiciones fueron emitidas, discutidas, rechazadas y vueltas á adoptar con iguales energías; imaginóse todo lo imagi-

nable, aun lo más imposible. Los mejores amigos de la condesa comprometieron su defensa; desde entonces estuvo perdida ante la opinión pública. Oyóse silbar á la calumnia y á la envidia reir, enseñando sus dientes; y no pudiendo adivinar el verdadero motivo de aquella repentina huida, inventáronse las mentiras más enormes y acabóse por decidir que la condesa de Rouvres tenía una intriga que deseaba mantener secreta y misteriosa, lo que pareció extraordinariamente excéntrico á ellos y sobre todo á ellas.

Pero como quiera que esa intriga, si existía, no causaba daño á nadie; como que Mme. A... recibía todos los días su visita acostumbrada; como Mme. B... encontraba dos veces por semana en el bosque á un caballo que se obstinaba en galopar al lado de su coche y Mme. C... no podía entrar en el teatro ó en un salón sin ser incontinenti saludada por un chaleco blanco que la seguía como su sombra, y como que al fin, después de minuciosa revista, todos pudieron convencerse de que la realidad del caso era que tenían una rival menos, los temores causados por la huida de la condesa se calmaron poco á poco, y ocho días después la aventura fué completamente olvidada por el rapto de una baronesa flaca y fea.

En todo el tiempo que duró el ruido de su retirada, Mme. de Rouvres hizo construir aquella blanquísima celda en la que

acabamos de verla entrar y en donde sabemos permanece algunas horas todos los días aislando su dolor y empapando con sus lágrimas una carta con filete negro, firmada con este nombre tan vulgar: *Antonio*.

II
L' imbroglio

- Julia, anúnciame á tu señora.
 —La señora ha salido, señor marqués.
 —Su piano, que desde aquí oigo, me dice que mientes, querida mía.
 —Pero, señor marqués, la señora no recibe á nadie, tiene jaqueca.
 —No importa; corre á anunciarme.
 —Pero, señor marqués, ¿y las órdenes que he recibido?...
- ¡Ah!—exclamó Mr. de Neuil impaciente,—hé aquí una cosa rara. Pues mira, querida, no me anuncies si no quieres, no tengo necesidad de eso para ver á mi sobrina. Y rechazando á la camarera, fiel observadora de su consigna, Mr. de Neuil atravesó la habitación sin anunciarse de ningún modo y entró súbitamente en el saloncito donde se hallaba entonces Mme. de Rouvres.
- Al oír que abrían la puerta se sobresaltó Cesarina y deslizó con presteza en su corpiño un papel que se disponía á leer.

—¡Perfectamente!—se dijo Mr. de Neuil, al que un espejo indiscreto acaba de traicionar el gesto hecho por la joven.

—¡Ah! ¡Sois vos, querido tío!—exclamó la condesa tendiendo su mano con melancólico ademán.

- ¿Estás enferma, querida sobrina?
 —Tengo mi jaqueca acostumbrada.
 —¿Precisamente el martes? ¿Cambiaste acaso los días en que recibes?
 —Sois cruel con vuestras bromas, tío; realmente sufro mucho.
 —En tal caso, si esto es serio, sobrina mía, te enviaré mi médico, un hombre habilísimo que te curará si estás enferma y lo mismo si no lo estás, lo que es más difícil.
 —Un hombre utilísimo, efectivamente. ¿Cómo se llama vuestro médico?
 —El doctor Anto...
 —¿Antony?—interrumpió vivamente la condesa.

—Antony, si así lo prefieres; yo acostumbré á llamarle Antonio,—contestó Mr. de Neuil observando las rosas que acababan de nacer en las mejillas de su sobrina. Pero, en fin, ¿quieres que le diga que venga?

- Es inútil, querido tío.
 —Te equivocas, querida niña; fijate cómo su nombre pronunciado aquí parece haber mitigado tu jaqueca; ¿qué sería si viniese?
 —Tengo mi médico.
 —Sea; cuando quieras cambiar, te recomiendo al doctor...

—¿El doctor Antonio?

—No, Antony, puesto que prefieres este nombre.

Mme. Cesarina bajó los ojos.

Sin hacer caso de la actitud de su sobrina Mr. de Neuil arrastró una silla hasta la chimenea y comenzó á revolver el fuego con las tenazas.

—Sobrina mía—dijo—puesto que estás enferma y no puedes salir, te haré compañía; ordenarás que pongan en la mesa dos cubiertos y comeré contigo pasando la velada juntos. ¡Oh! No me lo agradezcas, sé perfectamente cuánto enoja hallarse uno aislado en tu situación. Yo mismo cuando sufro un ataque de reuma me complace extraordinariamente el amigo que se digna darme un rato de distracción, que me hace olvidar el dolor. ¿Por qué no he de hacer por tí lo que á menudo has hecho por mí?

—Os doy mil gracias, tío mío, pero hoy tiene lugar la reunión de Mme. Dalpuis y no quisiera privaros de asistir á ella; no ignoráis que vuestra ausencia la enojaría.

—Mi anciana amiga me perdonará cuando sepa que me he quedado contigo.

—No, no, al contrario, se pondrá furiosa porque no podrá jugar su uhist.

—Su primo me reemplazará.

—No obstante, querido tío...

—Oye, sobrina,—replicó Mr. de Neuil,—seamos francos los dos y basta de diplomacia. Tú quieres que me vaya, yo quiero que-

darme; no saldré de aquí como tus criados no me pongan en la puerta. Además, no he venido á tu casa para nada y tú adivinas sin duda el motivo que me trae puesto que quieres evitar mi presencia.

—¡Oh! querido tío.

—Tengo graves cargos que hacerte, sobrina.

—¿Cargos á mí?

—Sin duda, á tí, y te aseguro que los mereces,—respondió Mr. de Neuil.—Me has juzgado como á un tío de comedia y te has portado conmigo como pudiera haberlo hecho mi sobrino en vez de ser mi sobrina, pero te prevengo que no estoy de humor para dejarme baquetear como los gerontes del teatro clásico.

—¡Qué imagináis Dios santo! ¡qué pretendéis decir con esto!—exclamó Cesarina juntando sus manos,—me llenáis de confusión.

—Es inútil fingir, sobrina mía, lo sé todo: continuar negando sería agravar tu falta, mientras que una confesión sincera puede merecer mi indulgencia.

—Pero, perdonadme una vez más,—dijo la condesa,—¿qué debo negar? ¿qué debo confesar? Instruidme, porque si vos lo sabéis todo, por mi parte no sé nada, absolutamente nada.

—¿Quieres por lo visto enojarme seriamente?—replicó Mr. de Neuil,—he venido dispuesto á perdonarte, pero tu culpable

obstinación me obliga á usar de una severidad que mi corazón rechaza pero que mi deber ordena. Así, pues, ¿insistes en negar?

—Querido tío, os juro que conseguiréis volverme loca, si continuais esta extraña broma que no acierto á comprender. Por Dios, os ruego que me digáis una palabra, una sola, que me dé la clave de este incomprensible enigma.

—Sea,—respondió Mr. de Neuil.— Me pides una palabra, te diré tres: ¿cuándo te casas?

—¡Yo!— exclamó Mme. de Rouvres — ¿quién os ha dicho semejante cosa?

—Todo el mundo excepto tú y de esto me quejo.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa, sobrina mía, que has desconocido mis bondades, no diciéndome lo que tienes ya meditado. ¿Qué podías temer al manifestármelo? te ruego me lo digas. ¿Podía yo oponerme á ese matrimonio á todas luces conveniente? ¿Por qué tratar con misterio, un asunto que puede terminar á gusto de todos? ¿Qué significan esos procedimientos novelescos? ¿A qué despertar á los ociosos, siempre en busca de escándalos? ¿No eres libre? ¿Qué obstáculo puede oponerse á que des públicamente la mano de esposa á un hombre que juzgas digno y que lo es, en efecto? El paso que ha dado cerca de mí lo prueba perfectamente.

—Tío mío,—exclamó Mme. de Rouvres

extrañamente conmovida,—si habláis seriamente soy la más desgraciada de las mujeres y si mi hermano estuviese en Francia le hubiera rogado ya, que me vengase de los infames que osan jugar con mi nombre hasta aquí puro y fuera de toda sospecha.

—Por los clavos de Cristo, sobrina mía, no seas terca; te aseguro que lo sé todo; ¿no te afirmo que he visto á tu futuro marido? ¿no te he dicho su nombre?

—¡Pero qué nombre Dios mío! decidmelo pronto!—exclamó la condesa.

—¿Por qué pedírmelo? Lo sabes mejor que yo.

—Tío, os han mentido, soy el juguete de una odiosa maquinaria de la que no puedo comprender el fin.

—Pues yo he visto, entiéndelo bien sobrina mía, he visto en casa de tu futuro las flores que te destina, he visto las tarjetas de participación, prestas á ser remitidas, por que tu esposo quiere acabar con tanto misterio. ¡Y vive Dios!—añadió Mr. de Neuil volviéndose hacia un magnífico cuadro representando la *Despedida de Romeo y Julieta*,—niega todavía. Después de haber visto tu retrato en casa de él, he aquí que veo el suyo en la tuya en el lugar que ocupaba el de Mr. de Rouvres... Creo que esto es harto significativo y que puede constituir, casi, la evidencia.

—¡Mentira!.. ¡Mentira!..—siguió diciendo Mme. de Rouvres.

—¡Ah diablo!—exclamó Mr. de Neuil,—esto es muy fuerte y tu persistencia me indica claramente que crees debo permanecer absolutamente extraño á esta nueva alianza. ¡Bien! sea así, no me mezclaré en ello: únicamente que, como á los ojos del mundo no quiero pasar por tan extraño á tus asuntos, si no ásisito á la boda enviaré por lo menos mi carruaje á la ceremonia.

—¡Tío mío, por Dios, me volveis loca!

—Sobrina mía, tú no tienes para conmigo ni respeto ni amistad y si no fuera por la consideración que me merece tu futuro marido á quien estimo de veras, te desheredaría.

Después de estas frases, Mr. de Neuil, cogió su sombrero y se marchó.

—Julia—dijo á la camarera que halló al paso—corre á ver tu señora que se ha puesto mala.

III

El quid pro quo

Una hora después de haber dejado á su sobrina, Mr. de Neuil bajaba de su carruaje en la calle de los Mártires, á la puerta de una casa de humilde apariencia.

—¿Está Mr. Antoine en casa?—preguntó Mr. de Neuil al portero,

Y al recibir contestación afirmativa, subió con rapidez los cinco pisos de una escalera pobre y obscura que conducía á un laberinto de corredores, en los cuales se abrían hasta una docena de puertas.

—¡Qué capricho de vivir aquí, teniendo una de las habitaciones más elegantes de París!—pensó Mr. de Neuil al llamar discretamente en una puerta donde se veía pegada una tarjeta de visita con este nombre:

« DOCTOR ANTOINE ».

Pasados breves momentos un joven abrió.

—¡Cómo! ¿Sois vos?—exclamó con sorpresa al ver á Mr. de Neuil.

—Sí, todavía yo,—exclamó éste entrando en una pequeña habitación fría y húmeda, baja de techo y pésimamente alumbrada por la escasa claridad que recibía de una ventana estrecha.

Aquel cuarto, adornado con un mobiliario por demás humilde, hallábase en el desorden más grande: los cajones de los armarios en el suelo y medio vacíos, en medio de numerosos paquetes que parecían hechos con precipitación; al lado de un saco de viaje veíase una enorme maleta cerrada, encima de la cual observábase una tarjeta parecida á la que había en la puerta. De una ojeada, Mr. de Neuil comprendió que no se trataba de una muda, pero sí de un viaje;

un papel abierto que apercibió sobre la chimenea y que reconoció como un pasaporte, le confirmó la idea que acababa de tener

—¿Decididamente partís, Antonio?—preguntó Mr. de Neuil sentándose en una butaca de dudosa elasticidad.

—Parto,—respondió el joven.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Los motivos que os obligan á marchar ¿son realmente tan importantes que no os permitan esperar algunos días más?

—¿Para qué esperar?—dijo Antonio.—He esperado demasiado y ya hace dos meses que debía haberme alejado de París. ¡Oh! ¿Por qué habré venido?—añadió golpeándose la frente.

—Hé aquí un muchacho que representa perfectamente la comedia para que yo no le replique,—se dijo Mr. de Neuil.—Todo lo que pudiera suceder sería tristísimo, si yo no me mezclara en ello; porque queriendo jugar con el fuego, hé ahí dos personas que se han quemado. ¡Vive Dios! ¡Parece imposible como la juventud de hoy se afana para ser desgraciada! Prefieren los cuidados que duran á las rosas que pasan; los fulgores de la luna á la claridad del sol; el otoño á la primavera, y siguiendo tan hermoso sistema han metamorfoseado el amor en un ángel enteco y tímido que se quita su venda para llorar y cambia su carcaj de aceradas flechas por un violín. ¡Ah!—continuó Mr. de Neuil

siguiendo el curso de sus reflexiones—no pasaba así en mi tiempo, y Mme. Tallien me hubiese despedido muy pronto si me hubiera atrevido á presentarme en sus cenas con semejante cara,—añadió el viejo epicúreo observando á su amigo Antonio de pie á su lado, con el rostro pálido y fatigado esforzándose en dominar la angustia que le atenaceaba interiormente.—Pero—repitió Mr. de Neuil siguiendo su monólogo y terminándolo—todo esto ha de concluir y les preparo un desenlace á mi gusto que no esperan por cierto; basta ya de novela. ¿Habéis sufrido pues mucho, Antonio?—exclamó en voz alta.

—Y tengo que sufrir más aún.

—Sí; sobre todo si hacéis como esos enfermos que rompen sus vendajes para retardar la curación de sus heridas. No apruebo vuestra marcha, y o...

—Antes me la habéis vos mismo aconsejado.

—Hace tiempo sí; pero hoy no.

—Partiré de todas maneras, es preciso.

—Será preciso para vos tal vez—replicó Mr. de Neuil—nadie más que vos mismo os obligais á esa partida.

—Sí, caballero,—contestó Antonio.—Ayer todavía mi descanso... el interés de mi porvenir... la esperanza que tenía de hallar en otros lugares el olvido de mi amor, todo esto me aconsejaba abandonar á París. Hoy es algo más poderoso que todo esto lo que me

llama á mi país. Ayer no hubiera sido más que imprudente quedándome, hoy sería culpable.

—¿Qué demonio queréis decir?—dijo Mr. de Neuil con aire asombrado.

—Tomad, caballero,—respondió Antonio sacando de su bolsillo una carta que puso entre las manos del anciano;—leed.

—¡Ah! ¡bah!—exclamó Mr. de Neuil,—es muy triste en efecto.—Y añadió mentalmente:—he ahí una elegía que se convierte en drama. ¿Qué significa la presentación de ese nuevo personaje? Desde el punto de vista dramático es bastante feliz la invención, pero ¡qué diablo! ya basta de comedia, es preciso terminar. No; veamos si representará fríamente su papel hasta el fin.

—Antonio—prosiguió Mr. de Neuil en voz alta—después del suceso que os anuncia esta carta, comprendo en efecto que vuestra partida sea indispensable, pero os aconsejo que la retardéis un día no más. Escuchadme y sentaos: he venido para comunicaros una gran noticia.

—¿Cual?

—He hallado á Mme. Cesarina.

—No está por ello menos perdida para mí.

—Efectivamente, Mme. Cesarina está perdida para vos porque no es lo que representaba ser.

—Ya lo sé—dijo Antonio.

—¡Cómo! ¿Sabíais?...

—Sabía que he sido el juguete de una pa-

tricia aburrida que quiso distraerse un momento y cuyo capricho ha herido mi corazón, ha destruido mi porvenir y que sin duda estará gozosa cuando sepa que ha hecho dos víctimas en vez de una; porque á estas horas tal vez—añadió tristemente Antonio—una tumba se abre para su inocente rival que tengo olvidada y á la que recuerdo ahora!...

—Vamos—se dijo Mr. de Neuil.—Representa perfectamente su papel y el actor segunda admirablemente al autor... Intentemos la última prueba.

—Pues bien, Antonio,—exclamó en voz alta,—voy á ofreceros el medio de vengaros y de vengar á la que deseais arrancar á la muerte. Como habéis creído, sois la víctima de una comedia inventada y representada por una gran dama que ha querido distraer un momento sus opulentos ocios. Vengáos de ella; haréis un acto de justicia y yo os ayudaré. Escuchadme: la condesa de Rouvres está próxima á contraer matrimonio con un aristócrata, hombre á quien ama; ese matrimonio es un sueño que acaricia hace mucho tiempo y al que dedica sus diarias reflexiones encerrándose en un pequeño cuarto tapizado de blanco, donde no entra nadie. Podéis con un solo golpe romper ese sueño y volver á la condesa dolor por dolor: enseñad á su futuro las cartas que tenéis escritas por ella y el matrimonio queda deshecho y vos vengado, sufriendo

entonces la condesa como vos y acaso más que vos, porque se convertiría en la fábula de todo París.

—Caballero,—respondió noblemente Antonio,—eso sería una infamia y yo soy un hombre honrado. Ahí tenéis el caso que hago de vuestro consejo. Tomad—exclamó el joven cogiendo de una cartera un paquetito,—hé aquí las cartas de la condesa de Rouvres: que acaricie en paz su sueño y lo realice.

Y al decir esto tiró al fuego las cartas, que se reanimó con la llamarada que causaron convirtiéndose en blancas cenizas en breves instantes.

—¡Bonito golpe teatral!—murmuró monsieur de Neuil considerando llegado el caso de arrancarse la careta.

Y dirigiéndose al joven:

—Es hermoso y noble lo que acabáis de hacer—exclamó,—y os juzgo un hombre realmente superior, pero habéis hecho mal en quemar las cartas de la condesa.

—¿Por qué?

—Porque la condesa querrá verlas cuando sea vuestra mujer—dijo riendo Mr. de Neuil.—Yo me encargo de arreglar este matrimonio, y espero que el conde Antony de Sylvers no rehusará el arreglo,—concluyó Mr. de Neuil inclinándose ante Antonio.—Para apresurar una boda—continuó después—que ha de hacer dichosa á mi sobrina, yo mismo la he hecho creer que todo el

mundo lo sabía. ¡Podéis decir que tenéis un gran hombre por tío! Habéis perdido el camino, estabais desorientados y os obligo á los dos á que juntéis vuestras manos.

—¡Ah! Gracias, caballero, gracias,—exclamó Antonio;—el error en que estáis respecto á mi personalidad, me lo explica é ilumina todo... Era al conde á quien ella venía á buscar aquí.

—¡Cómo!—dijo Mr. de Neuil estupefacto.— ¡Me he equivocado! ¿Conque era otro?

IV

El taller

Sin que tengamos necesidad de abandonar la casa donde tuvo lugar la anterior conversación, introduciremos al lector en la habitación de un nuevo personaje, al que se nombró ya en el último capítulo.

Próxima á la del doctor Antonio había otra habitación, ocupada por un joven pintor cuya vida tranquila y retirada causaba admiración y edificaba á la vecindad en su mayor parte compuesta por obreros.

En el momento en que entramos en su taller, podemos observar un desorden parecido al del cuarto del doctor Antonio del que era vecino, el artista.

Aquí como allí un saco de noche y un baúl abierto, vestidos cubiertos de polvo tirados al azar encima de los muebles revelaban un viaje; pero en la habitación del pintor acusaban un regreso y no una partida.

Ausente hacía tres meses, Antonio acababa de llegar á París y su primera visita fué para su vecino.

Así, pues, juntos los encontramos en el taller del pintor, sentados cerca uno del otro y prosiguiendo una conversación por la que el lector comprenderá fácilmente lo ocurrido.

—Escuchadme—decía Antony estrechando entre las suyas las manos de Antonio, sumido en un profundo decaimiento,—estoy contento de veros antes de vuestra marcha, porque después de todo lo que me habéis contado y en el estado de agitación en que estáis podriais abrigar algún pensamiento contrario á la sincera amistad que os profeso, poniendo en duda mi lealtad. Esta duda si la habéis tenido os la perdono—dijo Antony—y os la perdono con todo mi corazón, porque en tales momentos os estaba permitida, y sin embargo, Dios sabe si era justa.

—Y si después de vuestra justificación durara todavía—murmuró Antonio retirando su mano de las de Antony—me perdonaríais siempre?

—¿Acaso no perdona Dios á los blasfemos desesperados por el dolor? Sí, os perdonaría, porque comprendo que mi justificación ex-

puesta friamente no ha podido convenceros. Mi regreso que coincide extrañamente con la noticia de ese pretendido matrimonio, os autoriza á ser suspicaz. La traición engendra la duda y habéis sido odiosamente engañado; comprendo pues, que me acuséis, cuando menos de haber tenido alguna parte en esa gran desdicha que dará origen tal vez á muchas otras.

—¡Oh!—exclamó Antonio con amargura.—¡Cuando pienso que en otro tiempo bendije al azar que os trajo á mi lado!

—No es el azar quien prepara las amistades, es la Providencia—contestó Antony.—Persisto hoy, en creer que no he faltado á esa amistad, y os lo repito: ante la evidencia misma, si acudiese armado de pruebas en mi auxilio, os perdonaría la duda porque habéis adquirido su triste privilegio; así, pues, no os molestaré con nuevas protestas.

—¡Ah! ¡quisiera creerlos! Mi corazón está herido. Poco habituado á las tempestades pasionales, siento á mi alma poseída de insano delirio. Me he esforzado en dominar esa fiebre terrible que me llevaba á la locura. Y ahora... ya veis... tengo sangre fría y calma, perfecta calma, os lo aseguro. Y si me dais buenas razones, las admitiré y si me ofrecéis las pruebas de que si he sido engañado, lo he sido por esa mujer únicamente y no por vos. ¡Ah! os juro que os creeré y no me obstinaré en mis dudas... os ruego, pues, que aprovechéis esta hora y antes que

las sombras llenen mi inteligencia, iluminadla con la luz de la verdad, y como vos acabáis de decirme, no rehusaré la evidencia, os creeré. Veamos, Antony, os ruego todavía, buscad... hallad un medio... defendeos... os escucho.

—No tengo nada que añadir á lo que os he dicho ya—respondió Antony.—Mi causa es de las que solo palabras tienen para defenderse, mientras que la acusación exige pruebas.

—Pero—replicó Antonio con vivacidad—confesad conmigo que en parecidas circunstancias las negaciones no son suficientes; discutamos aún los hechos; veréis cómo estoy en estado de entenderos y aún de comprenderos si tenéis lógicas razones para ofrecerme. Cuando esa mujer vino á vivir aquí la ambicionamos los dos. No lo neguéis, acaso vos mismo la amásteis antes que yo, pero desde luego no supe nada; fué ella la que me lo hizo conocer más tarde.

—La he amado, decid mejor—interrumpió Antony.—Si, es cierto, he permanecido al borde de ese abismo; pero puedo afirmaros que esa mujer no lo ha sabido nunca y si hubiese tenido la imprudencia de hablarle de amor una sola vez, fuese con los ojos ó con la palabra, no me lo perdonaría jamás, sobre todo ahora que sé quién es.

—Ved cómo me engaáis—dijo Antonio.

—Desde luego sabéis quién era y no soy yo quien os ha dicho su nombre ni el rango

que ocupa en el mundo, porque en ese mundo donde habéis nacido y en el que habéis vivido mucho tiempo, habíais conocido á la condesa de Rouvres y no podríais menos de reconocerla al encontrarla aquí.

—He podido ver en otra época á Mme. de Rouvres en una reunión de trescientas personas, entre una mazurca de Kontsky y un dúo de Lucia. Acaso habré podido hablar con ella durante cinco minutos, murmurar de una de sus amigas por que tenía un amante ó por que no tenía ninguno. Habremos podido cambiar juntos, madrigales y coqueterías. Pero la condesa de Rouvres que conocí en la embajada de Inglaterra y en el *Campo de Marte* en días de carreras, no me produjo una impresión tan viva que me permitiera reconocerla en la persona de Mlle. Cesarina que habitaba en una bohardilla componiendo los vestidos viejos de todo el mundo, comiendo pan y cerezas, cuidando claveles, educando jilgueros y cantando en falsete como una modistilla de Paul de Koch. Debierais comprender, Antonio, que Mlle. Cesarina no ha podido en manera alguna recordarme á Mme. de Rouvres pues muy poco traté á esta última para reconocerla, sobre todo habiendo cambiado su corona de condesa por una gorrita usada. ¿Por qué y para qué ese extremo? He ahí precisamente donde está el misterio.

—¿Para qué ese extremo? Lo sé ahora y el misterio empieza á ser menos obscuro—

replicó Antonio,—gracias á que me lo ha manifestado la persona que por equivocación me ha tomado por vos. Quiero admitir que no hayáis reconocido desde luego á Mme. de Rouvres en nuestra vecina; pero esta no ha tardado en hacerse reconocer por vos y en verdad que no me destruiréis esa idea; el respeto exagerado con que la tratáis es una prueba suficiente.

—El respeto es una de las formas del amor;—dijo Antony—y ya os he dicho que estuve en un tris de amar á nuestra vecina. Felizmente me he detenido á tiempo por dos razones: la primera porque tenía entonces la fiebre del trabajo y no quería cortarla con una intriga; el amor y el arte son dos pasiones celosas; el uno puede inspirar al otro algunas veces, pero los dos, es imposible que puedan vivir juntos en un mismo corazón: por mi parte he cedido el amor.

—¡Ah!—dijo Antonio con triste ironía,—veo que aún usáis de paradojas; no acepto vuestra primera razón, veamos la segunda.

—La segunda razón—replicó Antony—es que me apercibí de que amabais á Cesarina y no quise ser vuestro rival: para evitarlo me marché.

—No os pediré, seguramente, pruebas de esa abnegación de la que tengo hoy la primera noticia, pero debo dudar de ella, como de lo demás. Vamos, Antony, no os pido ahora que os defendáis de haberme engañado, os pido, por el contrario, una confesión

franca y completa y os aseguro que os perdonaré.

—No puedo confesaros más que la verdad y esta os la he dicho ya—contestó Antony.—Sin que vos me hubierais dicho nada conocía vuestro amor por Cesarina y adiviné el suyo por vos; fué entonces cuando decidí alejarme.

—Y—replicó Antonio animándose cada vez más—fué entonces cuando Cesarina se alejó también; porque dos días después de vuestra partida, abandonó esta casa para reunirse con vos, en donde la habíais citado previamente; fué entonces cuando Mr. de Neuil que hacía expiar á su sobrina, descubrió la intriga que tenía con vos y obtuvo de ella misma la confesión completa; y para acallar los rumores que hubieran podido comprometer la reputación de Mme. de Rouvres, se convino en un matrimonio que legitimaría el amor que había concebido por un joven conocido en otra época en el gran mundo con el nombre del conde Antony de Sylvers. ¿No es esto más verídico, Antony, que vuestra historia?

—No, esa no es mi historia—respondió el artista;—es al contrario una novela que inventáis por capricho para dar razón á vuestras dudas y para fundamentar en cualquier cosa la acusación de falsa amistad con la que me fustigáis tan obstinadamente. Escuchad una vez más y que sea la última; la condesa de Rouvres y Mlle. Cesarina son para mí

dos mujeres asaz diferentes hasta el punto que á pesar de todo lo que me habéis dicho, dudo todavía, si es posible que sea la misma mujer que he visto aquí, la que encontré dos veces en los salones del gran mundo. No, no tengo amor por Mlle. Cesarina; persisto en darle este nombre como persisto en creer que era á vos y no á mí á quien ella prefería. En cuanto á su desaparición que coincidió, como decís, con mi partida, es un hecho que no me explico aún, como tampoco la noticia de ese fabuloso matrimonio del que os ha venido á hablar ese Mr. de Neuil, personaje fantástico que debe seguramente poseer la llave de todo este misterio, infinitamente grotesco sin las consecuencias graves que pueden resultar. Y ahora—prosiguió Antony—creo que ha llegado el momento de satisfaceros á propósito de un hecho sobre el cual me habéis interrogado muchas veces. Cuando me hayais oído, sabréis las causas que me decidieron á dejar la sociedad y que me impiden, por decirlo así, entrar en ella nuevamente aunque lo quisiera. A esta confidencia, de la que acaso salgan algunas pruebas morales, añadiré otra, en la cual, hablando en lenguaje judicial, puesto que se trata aquí de acusación y de defensa, hallaréis un caso de coartada.

—¿Qué queréis decir?—dijo Antonio.

V

Antony

Tengo veinticuatro años y á los veinte años la experiencia me había enseñado todo lo que puede aprender un hombre en el curso de su existencia.

Mi infancia, huérfana de padres, transcurrió en un pueblecillo olvidado de la Bretaña, al cuidado de una mujer extranjera que tenía por oficio vender á los hijos de los demás la vigilancia y los cuidados con que las madres rodean á los recién nacidos. La mujer, que después de todo me quería á su modo, no medía su ternura por el precio que recibía para tenerla, y si bien ese desprendimiento era mas ó menos interesado, representaba una pálida copia del amor maternal con la que debía contentarme, debiéndole todavía la mejor parte de mi vida.

Cuando llegué á la edad de la razón, no siendo indispensable á mi salud la permanencia en el campo, mi tutor me trasladó á París donde vivía; y juzgándome en estado de empezar mi educación, me confió al celo de un profesor.

Este hombre era un anciano dedicado hacía mucho tiempo á la educación de los niños ricos, y quiso la desgracia convertirme en su discípulo. Durante diez años que

vivió á mi lado, no recuerdo haberlo visto sonreír ni un solo día. Alternado con los juegos y con el cariño de la familia llena de solicitud y de ternura, el estudio es para los niños una senda fácil y agradable; para mí el estudio fué una cuesta áspera y ruda, una labor penosa. Mi preceptor era un espíritu metódico y regularizado, no sabiendo presentar la ciencia que enseñaba más que bajo sus aspectos más difíciles y ciñéndose más gustoso á la letra que al espíritu del libro. Fuera del estudio también era el mismo, y ante aquella inmutable rigidez que no se desmentía jamás, ni en sus palabras ni en sus actos, la aturdida petulancia de mi edad cambiósese muy pronto en una gravedad que, en los niños, es siempre un vicio ó una desgracia. Para mí fué una desgracia, porque las horas que estaban dedicadas al recreo las pasaba entregado á quiméricas fantasías. Desde mi habitación veíase á corta distancia el patio de un colegio, que dos veces por día llenábase de colegiales, cuyos ruidosos juegos venían á turbar mi soledad y excitaban mi envidia. Un día pude observar aquel patio pomposamente adornado con banderas y guirnaldas, y alrededor de una gradería había sido dispuesta una mesa cubierta de libros y de coronas. Pregunté á mi preceptor qué significaban tales preparativos, y me contestó que obedecerían sin duda á que distribuirían los premios del curso. En efecto: momentos después las

gradas llenáronse de colegiales; detrás de ellos colocáronse los padres y parientes que aparecían más conmovidos que sus hijos, con una ansiedad mezcla de esperanza y de temor. Por fin, los maestros ocuparon su sitio en la tribuna y la distribución comenzó.

A cada nombre pronunciado, oía llegar hasta mí el rumor de los aplausos y veía pasar al joven triunfador, coronada de laureles la cabeza en medio de aquella concurrencia que tenía concentrados en él sus ojos, y á su madre cubrirle su frente de más besos que hojas tenía la santa corona que el trabajo le había conquistado. Esa fiesta solemne, los gozosos gritos de todos aquellos jóvenes laureados, del brazo de sus madres enloquecidas, formaba un espectáculo que no tuve fuerza bastante para contemplar por más tiempo, y corrí á refugiarme en mi dormitorio.

—¡Oh!—grité cayendo de rodillas ante un retrato de mi madre—¡oh! madre mía, si tú vivieras ¡también tendría yo coronas!

—¿Qué es esto?—exclamó mi preceptor entrando—¿á quién rogais? La hora de recreo ha transcurrido ya y es preciso volver á clase.

Y viendo mis lágrimas añadió:

—¡Ah! comprendo; estais envidioso, y ¡por qué insignificante causa por cierto! La mayor parte de esos niños no merecen los premios que acaban de recibir, y sus padres

se enorgullecen de triunfos que han pagado antes; se lo que es eso.

¿Por qué ese hombre pretendía extinguir en mí, un noble y generoso estímulo? ¿Por qué descubrirme esas compras que la indulgencia de algunos padres acepta en favor de sus hijos para animarles? Es lo que no podía comprender entonces; pero lo he sabido mas tarde.

Mi preceptor había sido educado por caridad en un colegio, y los otros niños, sus compañeros, lo habían convertido en un súfrelotodo. No poseyendo otros recursos para vivir, se había consagrado a la enseñanza; y he pensado muchas veces que adoptó tal profesión para vengarse, en la infancia de los otros, de su infancia dolorosa y triste. Mi profesor había observado también cuán penoso me era asistir todos los días á los regocijados juegos de los escolares, y parecía complacerse adivinando mi secreta pena por no poderme mezclar en sus diversiones.

Un día que mi tutor me felicitaba por mis adelantos, con el mismo tono que si me reprendiera, le pregunté si me enviaría á un pensionado ó al colegio.

—Sois muy rico— me contestó—y no era esta la intención de vuestra madre; por lo demás—añadió bruscamente—¿no sois feliz aquí?

Me preguntaba si era feliz, á mí, pobre niño cuya existencia claustral se deslizaba

entre las cuatro paredes de mi cuarto, desde cuya ventana no tenía otra distracción que el espectáculo de la alegría de los otros.

¡Ah! La cárcel ¡más triste no es aquella donde penetra la luz del día y los ecos del mundo, es la cárcel donde el cautivo puede ver á las gentes libres corriendo ante él por los senderos de la libertad.

Así, pues, esa hermosa época que sirve de prefacio á la vida y hacia la cual gustamos de volver más tarde para olvidar las penas del presente, evocando las alegrías del pasado; la infancia, que comete cada día un robo en los cestos floridos de la esperanza; la infancia, que transcurre más aprisa en medio de los seres amados y que os aman, la ternura sin límites de la madre, la indulgente severidad del padre, los cuentos del abuelo por la noche en un rincón del hogar, el trabajo facilitado por la esperanza de los juegos, y los juegos más alegres por el cumplimiento del deber, toda esa calma dichosa, huésped apacible y sonriente que habita bajo el techo de las familias honradas, ¡yo no la he conocido, no he tenido infancia!

Y más tarde, cuando adolescente, lleno de preguntas ingenuas, de las primeras quimeras del alma, de las primeras agitaciones del corazón, de las primeras ambiciones del espíritu, del despertar de vagos deseos y de la curiosidad del niño que se hace hombre parecida á la de un viajero que se aproxima

ma al mar y oye en lontananza los confusos rumores que se elevan de ese mundo donde muy pronto va á entrar y hacia el que avanza con impaciencia y con seguridad; más tarde — repito — la segunda parte de mi vida transcurrió para mí en una soledad que hizo más triste todavía la presencia de aquel espectro sabio, que lentamente me había inoculado su ciencia helada é infecunda.

VI

Un tutor

A los diecisiete años, y cuando concluí mis estudios, mi tutor se dignó ocuparse de mí; díjome que desde entonces comería en su mesa y me invitó á las reuniones que daba una vez por semana. Pero en tales reuniones, compuestas sólo de hombres que hablaban únicamente de política ó de dinero, me aburría mortalmente, porque rara vez me dirigían la palabra, y si lo hacían era por simple cortesía.

El día que cumplí dieciocho años mi tutor me mandó llamar á su despacho, y me dijo poco más ó menos:

—Mi querido pupilo, se aproxima la época en que termine la misión que me confiaron. Vais, pues, á entrar en posesión de vuestra fortuna, que era ya considerable

cuando la recibí en depósito de vuestra familia y que os devolveré acrecentada. Según los deseos de vuestra madre, como en diferentes ocasiones os he dicho, habéis recibido una educación particular y reconozco que os habéis aprovechado de ella; podéis aspirar á todo, y el nombre que lleváis y la fortuna á él unida, os permiten escoger el sitio que os plazca en el mundo. Sin embargo, antes de hacer esta elección, debéis, durante algún tiempo, frecuentar la sociedad y vivir y gozar de vuestra juventud. Si hasta el presente os he otorgado poquísima libertad, no me hagais un cargo por ello, pues he cumplido un deseo de vuestra madre. Pero ahora sois libre. Las puertas del mundo se abrirán ante vos, desde mañana si así lo queréis; he aquí un acta de emancipación dispuesta ya, que no tenéis más que firmarla y enseguida estaréis en posesión de vuestra fortuna. Por mi parte no os ocultaré que estoy contento de abandonar mi cargo; motivos de intereses me obligarán á dejar á Francia, y vos podríais exigir á una emancipación legal el derecho de administrar vos mismo vuestra fortuna; ese derecho lo adquirís desde luego por la emancipación natural de la edad y de la razón. No obstante, si creéis no estar aún en condiciones y queréis esperar á vuestra mayor edad, cumpliré hasta el fin la misión que me ha sido confiada. Reflexionad—concluyó di-

30585

UNIVERSIDAD DE NUEVA GRAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO"

1900. 1915. MONTAÑANA, 1915.

ciendo mi tutor—y volveré á veros esta noche para pedir os una contestación.

Respondí enseguida á mi tutor, cogiendo una pluma y firmando el acta de emancipación que me había presentado.

Tenía dieciocho años cuando nací para el mundo. A contar de aquella hora nací á la vida.

Durante el plazo exigido por las formalidades que debían legalizar mi emancipación, mi tutor aconsejóme hiciese el aprendizaje de la nueva vida en la que iba á entrar, y él mismo me presentó en algunas casas de su amistad, en las que desde luego fuí señalado por mi salvajismo y mi ignorancia absoluta de las costumbres.

—Observad—me había dicho mi tutor—y haced lo que veais hacer; más tarde podréis individualizaros. Según sean las gentes entre las cuales estéis, procurad que pese vuestro nombre y vuestra fortuna; sed noble con los ricos y rico con los nobles. Si lo poseéis, ocultad vuestro ingenio á los necios, podríais algún día necesitar de ellos y la necesidad tiene buena memoria. En las conversaciones generales que os encontréis obligado á tomar parte, hablad superficialmente del asunto: es un medio para evitar compromisos; y si por acaso tenéis una opinión personal acerca del mismo, procurad guardarla para vos y pronto alcanzaréis en la opinión la categoría de hombre sesudo; las mayorías tienen siempre razón. No habléis jamás de-

masiado bien de los ausentes, á menos que no tengais la intención de incomodarles.

Tened muchos compañeros y pocos amigos: las amistades son fastidiosas á menudo y casi siempre inútiles; es preciso dejar el privilegio á los desgraciados. Sed frío y mesurado, no admirandoos de las cosas que veais ó escuchéis, por estupendas que sean; los entusiasmos no cuadran á los hombres graves.

En cuanto á la sociedad de las mujeres, si bien es verdad que es la más agradable, es también la más difícil. Respecto al particular, me permitiré daros algunos consejos que os aprovecharán. En una reunión donde las mujeres estén en mayoría, evitad en lo posible dar pruebas de ese buen sentido que demuestra una madurez exagerada de juicio. Tratad seriamente las cosas frívolas y superficialmente las cosas serias. No os coloquéis jamás entre una mujer joven y otra que no lo sea; las atenciones que prodigarais á una serían ofensivas para la otra. Si deseais ser grato á las mujeres, procurad darlas pruebas en público de sensibilidad; á ellas les place esto extraordinariamente. No habléis ante ellas de las jóvenes que cantan romanzas. Enguantaos ceñidamente y tosed alguna que otra vez como si padeciéseis del pecho, actualmente la tisis está en moda. Sobre todo, y como suprema recomendación, no olvidéis que existen ciertas ridicleces que es realmente ridículo no adoptar-

las; tratad de inventar algunas que ofrezcan novedad.

Cuando os halléis comprometido en algún paso difícil, venid á encontrarme y os ayudaré con mis consejos. Ahora, y en espera de que la ley os autorice á gozar de vuestros bienes, tomad estos diez mil francos que conviene aprendáis á saber tirar por la ventana.

Admitido en algunos salones, observé desde luego y no tardé en convencerme, que los jóvenes como yo, hacían su entrada en la sociedad y se portaban poco más ó menos como mi tutor me había aconsejado, y me apresuré á seguir sus indicaciones.

Pasado algún tiempo comencé á poseer los elementales principios para vivir bien en el mundo de los fracs y las corbatas blancas. No permanecía ya del todo fuera de mi centro, en medio de aquellos insignificantes muñecos de salón, que se levantan y se sientan metódicamente, aplauden juntos sus gracias y no se atreven nunca á aventurar una opinión personal, si personas atentas no les ofrecen su apoyo y el asunto; lo mismo que en un baile, que los hombres galantes, por educación, invitan á bailar á las mujeres feas que han quedado ya para vestir imágenes.

VII

Un «debut» en la vida

Una mañana que fuí á ver á un joven con el que tenía cierta amistad, aunque superficial, no le encontré, y teniendo precisión de hablarle, adopté la resolución de esperarle en su despacho y maquinalmente cogí un libro que se hallaba abierto sobre una mesa, y lo ojeé: era el *Emilio*, de Rousseau.

Ignoro en qué disposición de ánimo me hallaba entonces, pero después de haber leído por espacio de breves momentos, mi espíritu cayó en una profunda abstracción que fué turbada por la llegada silenciosa de mi amigo.

Parecía muy agitado, pero esforzándose en calmar su emoción se aproximó á mí y viéndome absorto en mis reflexiones, me rogó que le dijera en qué pensaba.

—Acabo de abrir—le respondí—un libro en el cual he hallado un pensamiento muy triste, acerca del cual meditaba cuando habéis entrado;—y al decir esto le entregué el libro, indicándole el párrafo al que me refería.

—¡Ah! ¡bah!—me replicó—esas son frases nada más: á nuestra edad la dicha se encuentra en todas partes, y es necesario ser

muy desgraciado para no hallarla dos ó tres veces por día.

—Pero en fin—le contesté,—vos que hablais, ¿podéis decirme de qué se compone eso que llamamos la felicidad? ¿De qué está hecha?

—De todo lo que uno quiere, porque uno mismo la hace y uno mismo la destruye. Pero ¿á qué estas preguntas? ¿Vamos á crear acaso una nueva filosofía y para hablar de ello habéis venido? Despachaos, pues, entonces, porque á propósito de felicidad tengo una que me aguarda. ¡Ah!—dijo irguiendo orgullosamente la cabeza,—miradme bien, y decidme si no tengo en mi frente uno de esos signos que indican entre todos á los elegidos por la humana felicidad. Miradme bien, porque soy dichoso, ha sonado la hora más hermosa de mi vida; ¡soy amado!

—¡Amado! ¿Y por quién?—le pregunté.

—¡Cómo!—respondióme con exaltación,—¿no comprendéis nada? ¿Por quién puede uno ser amado á los veinte años? Y vos que los tenéis, ¿cómo podéis hacerme semejante pregunta? ¿Qué habéis hecho de vuestro corazón? ¿Qué helado licor circula por vuestras venas en vez de sangre? Os tengo observado: no sois un ser vulgar; nada os falta, ni las bellezas del arte ni las de la naturaleza. Vuestros gestos, aun los más sencillos, vuestras actitudes, todo en vos ofrece una rigidez automática, extraña y sobrenatural. ¿Qué clase de hombre sois?

—¡Ah!—respondí—tengo miedo de ser en la naturaleza una horrible ecepción, un sorprendente fenómeno; mi corazón extinguióse sin haber jamás latido, mi alma se halla desierta sin haber estado nunca habitada, y todas las facultades de mí ser, torpes ya con tan largo reposo, se asemejan á los resortes enmohecidos de una máquina nueva, á la que la inmovilidad ha desgastado más pronto que lo hubiera conseguido el movimiento; no tengo de humano más que la forma. Lo que para los demás es luz y rayos, para mí es sombra y vapor; las armonías que os conmueven, son notas discordantes para mí, que me irritan y hacen daño; oigo á mi alrededor el rumor de la vida, las carcajadas de los dichosos, la pena de los tristes, é ignoro por qué existe tristeza al lado de esa alegría, no sé dónde voy ni á dónde van los otros que caminan á mi lado tras las pasiones, de las que sólo el nombre me es conocido. Poco tiempo hace que ignoraba lo que era el mundo; entré en él, observé, y escuché y nada comprendo; muy pronto tendré en mis manos la fortuna que me legaron mis padres. Me han dicho que es una llave con la cual pueden abrirse todas las puertas y que no tendré que hacer otra cosa que escoger. ¿Escoger qué? No veo nada, no sé nada. No tengo deseos ni esperanzas, ni recuerdos, ni flor en capullo ni marchita. ¡Nada! Ved, pues, qué clase de hombre soy á los dieciocho años y desarro-

llándose ante mí, como vos decís, un magnífico horizonte inundado por el sol de la juventud! ¡Qué me importa! Estatua emplazada á orillas de un sendero, ¡contemplaré cómo la multitud pasa ante mí sin saber á dónde va! Veré partir á los jóvenes coronados de flores, con resplandores en los ojos, y más tarde les veré pasar viejos ya y sin saber de dónde vienen.

—¡Ah!—me contestó mi amigo—he conocido á un sér que se os parecía, y encontré el medio de hacer de él un hombre; forcé el destino, que como á vos le había olvidado en el camino, y pude darle su parte de alegrías y de dolores á la cual tenía derecho, en este mundo, y entonces admitió la vida.

—¡Oh!—exclamé cogiendo la mano de mi amigo—eso que hicisteis por otro, haceldo por mí, ¡haced que sienta, que escuche, que comprenda... que viva, en fin!

—Sea—me contestó estrechando mi mano,—voy á permitir os penetrar en la vida por su puerta más hermosa, y quiera Dios que no me reprocheis más tarde lo que voy á hacer por vos ahora.

.....

Ocho días después, en un baile, al que me condujo mi tutor, observé que al ser pronunciado mi nombre se despertaba una gran curiosidad en un grupo de jóvenes, cuyos

ojos se fijaron en mí, y momentos después oí decir á uno de ellos con voz queda, indicándome con la mirada:

—Es Antony de Silvers el amante de la condesa Malani.

—¡Pobre joven!—dijo una muchacha que oyó la confidencia—dirigiéndome una larga mirada compasiva.

Del mismo modo que antes de conocerla, era yo una excepción en medio de los hombres, la condesa Malani era una excepción en medio de las mujeres. Uno y otro, cuando las circunstancias nos aproximaron, éramos moralmente los dos extremos más opuestos de la vida; yo, el principio, ella, el fin; yo acababa de nacer, ella estaba ya muerta.

Aunque así se creyó y repitió en el mundo, yo no era ni fui jamás el amante de la condesa Malani; fui uno de aquellos, jóvenes ó viejos, necios ó discretos, que formaban una brillante corte á tan soberbia criatura, que recibía los homenajes con la melancolía y majestuosa inmovilidad de un ídolo de mármol.

Mi amor por esa mujer no debía, pues, tener desenlace, ó al menos el desenlace ordinario y previsto que ciertas personas precipitan ó retardan, según prefieran extrañarse entre las nubes azules del sentimiento ó tomar el gran camino de la prosa, que es la senda de las gentes de talento.

Sin embargo, amaba á la condesa; vos que

amais, Antonio; ¿sabéis qué es un primer amor?... Pero antes de amar á la mujer cuyo abandono os inicia hoy en uno de los más grandes dolores que existen en el mundo, pasasteis por todas las fases ordinarias de la existencia y sentisteis ordenadamente todas las impresiones y todas las emociones que son propias de cada una de ellas. Habéis soñado y como todos los que sueñan, fuisteis perseguido en la sombra de las soledades y acariciado durante la fiebre del insomnio por objetos ideales, figuras de amantes imaginarias que los hombres crean ellos mismos y que más tarde creen reconocer en la primera mujer que cruza ante ellos y les lanza una sonrisa á través de su velo.

A los dieciocho años tuvisteis vuestro diploma de hombre; vuestro corazón era un instrumento completo y acorde para cantar el dolor, la esperanza, el amor y la dicha.

No fué así para mí, vos lo sabéis, y mi primer amor no debía parecerse poco ni mucho al primer amor de los demás.

Sin embargo, llegó bastante vulgarmente, pero su revelación fué espontánea y fulminante; sin transición alguna, mi corazón pasó de la inmovilidad extrema á la más tumultuosa agitación. La metamorfosis fué rápida y completa; cada día, al calor vivificante de este amor, sentía nacer en mí un nuevo sentimiento, despertarse una nueva

voz; el caos de mi ser organizábase por instantes y á la claridad interior de esa luz que se hacía en mí, contemplaba, deslumbrado, todos los tesoros que poseía, largo tiempo desconocidos y sin haber hecho jamás uso de ellos. El amor me había elevado al nivel común; el sol de mi destino habíase levantado.... propicio ó fatal.

Llevaba la cuenta de las ilusiones que todos los hombres poseen al partir y que deben perder á medida que avanzan en su camino. Mi corazón rebosaba y un día quise extenderlo á los pies de aquella que lo llevaba.

La condesa escuchó sin interrumpirme la confesión que le hice de este amor que me había transformado y cuando concluí me respondió friamente, pero con cierta dulzura:

—Si es verdad que me amáis, y que sea este amor la causa del cambio que habéis sufrido, no llaméis á esto una dicha; es por el contrario una gran desgracia, más os valdría cien veces que hubieseis permanecido en el estado de insensibilidad en que os hallabais antes de conocerme. ¡Oh! ¡Dios mío! empezais á vivir con toda la frescura de vuestras creencias, ninguno de vuestros sueños ha sido desmentido, todas las cosas se os muestran por su lado brillante, vuestro corazón late á impulso de su primera emoción, vuestros labios se abren con la confesión primera... y es á mí, á mí, á quien la hacéis. ¿Qué extraña fatalidad os trae á mí?

Huid, huid pronto! estáis á tiempo todavía; vos no me amais, al menos así lo espero, amais al amor. Conservad el culto, pero buscad á otro ídolo, á vuestro primer amor le es preciso su cortejo natural; las noches de luna, los paseos por el bosque, las citas misteriosas, los guantes recogidos en un baile, las romanzas bajo los balcones, la poesía, las infinitas náderas que constituye, el prólogo de un primer amor. Así es, como se empieza siempre, haced como todo el mundo, pero sobre todo, tratad de caer en brazos de una mujer que se vista de blanco y que se adorne con flores la cabeza, procurad que la elegía que hagáis con ella dure todo el tiempo que os sea posible, y dejad de ser amante cuando os creáis que amais por fuerza ó que habéis amado bastante. Ya comprenderéis que para uno de los dos llegará ese momento en que no halléis encanto que admirar en las estrellas ni agradable recoger myosotis.

Cuando las mujeres no tienen corazón empiezan á tener ingenio y existen en el mundo muchas mujeres espirituales; si queréis que vuestro primer amor tenga alguna duración, y que os quede al menos un dulce recuerdo, escoged á una mujer inocente; éstas son las únicas sinceras, como uno quiere que sean cuando se tiene vuestra edad, pero en nombre del cielo, Antony, olvidadme, huid de mí. He ajado involuntariamente muchos corazones jóvenes, y he visto marchitarse

muchas creencias ingenuas que sin mí existirían todavía en las almas donde hice penetrar la luz de la verdad.

Huid de mí, Antony, os lo digo aún.

No soy ya una mujer, ese ser lleno de consuelo, de amor y de abnegación que cantan los poetas. Bajo el traje moderno, con un nombre, una fortuna y una posición que me imponen á la sociedad, soy la antigua estatua de la experiencia que con la boca abierta, indica los escollos del camino y separa á los caminantes del abismo, pero les impide coger la flor que crece en los bordes.

¡Ah! si alguna vez por suerte, me fuera dable despertar á un corazón y á un alma largo tiempo aletargados, como os ha pasado á vos, y me habéis dicho, creo que en breve llegaría el desencanto como á vos os sucederá si continuais junto á mí, Antony. Marchaos pues libre y al azar; os equivocareis amenudo y recibiréis muchos desencantos, pero al menos habréis gozado un instante de los beneficios de la ilusión, estrecharéis con alegría la diestra de un hombre que os traicionará con la izquierda, pero no sabréis su traición hasta mas tarde. Creeréis en las sonrisas de esas perfidias vestidas de seda ó de terciopelo que se llaman mujeres; experimentaréis entusiasmos por una hermosa acción y al otro día tal vez sepáis que aquella acción era una infamia.

Pero ¿qué importa? vuestro corazón habrá latido dichosamente durante una hora. De

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA
MADRID
1911

día en día avanzaréis en el curso de vuestra existencia y vuestra ingenuidad se convertirá en prevención.

Poco á poco sentiréis, á pesar vuestro, que se apoderan de vos sentimientos de cálculo y de reflexión, vuestro espíritu frío y quisquilloso, arrebatará á vuestro corazón la libertad de sus simpatías y de sus entusiasmos y llegaréis un día á ese punto de la existencia donde uno se despide de todo lo mejor de ella.

Pero ya que el hombre debe inevitablemente llegar á ese extremo, tomad el camino más largo, vos, sobre todo, que entráis algo tardíamente en la vida y escoged para que os acompañe en vuestra peregrinación una mujer como vos joven y rica, como vos creyente.

Juntos conservaréis más vuestro tesón de fe y vuestras quimeras existirán más tiempo doradas por el oro de la ilusión. ¡Oh! ¡Antony, os ruego que renunciéis á mi amor, no me volváis á ver y alejad de mí los remordimientos que sufriría si llega á quereros un día, viéndoos sumido en ese melancólico abatimiento de alma y de cuerpo que sigue á la muerte de nuestras esperanzas!

Creedme, Antony, por mí, por vos, no me veais más, olvidadme.

—¡Oh!—respondí á la condesa—es á vos á quien amo y no puedo amar á otra.

Es preciso que mi destino se cumpla y que seais vos su árbitro, permitidme inocu-

larme de vuestro amor, de esa ciencia fatal de la vida, que me haría recaer en un estado más horrible aún del que acabo de salir, gracias á vos.

No os abandonaré, os amo y me amaréis, y quién sabe si tal vez me debáis el que os impida morir moralmente y que consiga hacer por vos lo que habéis hecho conmigo,

—¡Dios mío!—murmuró la condesa—vais á tentarme.

Y después de haber insistido todavía, pero con acento cada vez más débil, para que renunciara á su amor, la condesa consintió en que continuara visitándola, y poco después en la época en que tomé posesión de mis bienes y fui dueño de mi voluntad, me autorizó para acompañarle á un viaje de algún tiempo que iba á verificar por Italia.

A los seis meses nos despedimos tristemente, pues lo que la condesa había previsto se realizó: Ella no me amaba, yo no podía amarla más, la condesa había permanecido envuelta en su desdenosa indiferencia para las cosas del mundo y á consecuencia de vivir con ella llegué á participar de esta indiferencia y era ya en la sociedad uno de esos precoces excépticos que apenas han interrogado á la vida y tienen á gloria el oficio de extender por todas partes sus dudas y sus negaciones contagiosas.

Una vez en esta senda, se camina, precipitadamente, y una mañana en que el tedio de la vida os ahoga más enérgicamente que

de costumbre, ó que se hace una mala digestión, empezais pensando en el monólogo que hizo el príncipe Hamlet, mirando el cráneo de su bufón Yorik ó llamáis en vuestro auxilio al ángel tenebroso del suicidio. Es lo que yo hubiera hecho, sin duda, al sentir nacer en mí una nueva pasión que me ataba á la vida.

Como un helado veneno, la experiencia que se había infiltrado en mí espíritu durante mis relaciones con la condesa Malani, causó como ya os he dicho, Antonio, estragos profundos é irreparables en mi corazón... Todos los gérmenes de vida y de juventud que se desentrevieron, con mi amor, fueron súbita y radicalmente arrancados en medio de su florescencia lenta en verdad, y no tardaron en perecer con este mismo amor.

Así pues, en el instante en que iba á vivir la vida común, semejante á un soldado herido mortalmente al fin del combate, había sido, antes de vencer, arrojado violentamente fuera de la existencia.

Fué entonces cuando creyéndome un fantasma con máscara humana, pensé en devolver á la eterna nada, la criatura incompleta á la que una extraña fatalidad rehusaba despiadadamente su lugar y su rango en el mundo.

Una noche, sólo y frente á frente con este siniestro pensamiento de destrucción que elige con preferencia las horas nocturnas para asaltar á los espíritus desesperados, oí

abrir violentamente la puerta de mi cuarto y pude ver ante mí al joven que un año antes me había conducido á casa de la condesa Malani, diciéndome: «Voy á haceros entrar en la vida por su puerta más hermosa, por la del amor».

—He sabido — me dijo — vuestro regreso de Italia y vengo á veros. ¿Cómo hallais ahora la vida? ¿Cuántas ilusiones os quedan después de un año que las habéis sembrado en vuestro camino con tanta prodigalidad como el dinero de vuestra herencia? ¿Están acaso vacíos vuestro corazón y vuestra bolsa? ¡Pestel! Os ha faltado poco para que os arruineis. Veamos, esta cosa, de la que hablamos juntos hace un año, de la felicidad... ¿Ha sido para vos un fuego fatuo ó un rayo de luz? ¿Por qué camino la habéis conquistado ó la habeis extinguido? ¿Dónde se os ha escapado? Contadme algo de vuestro viaje. ¿Cuáles son vuestras opiniones acerca de los hombres, y cuál vuestro consejo respecto á las mujeres? Se me ha dicho que tenéis en vuestros bolsillos la llave de todos los *boudoirs*; debéis, pues, ser acaso mi rival, porque yo mismo con mis garabatos y una nueva forma de sombrero tengo el honor de estar en moda. Vos debéis poseer sobre el amor ideas personalísimas. Ciertamente, que vuestro *debut* fué brillante; lograr en un momento lo que habían deseado los hombres más avezados á la seducción; triunfar de la más rebelde entre las rebeldes, de la condesa

Malani, una de esas magníficas y altivas mujeres de otro tiempo, que hubieran dado nombre á su época; para un novicio como vos la entrada en el mundo fué notable; y se habló mucho de vos después de vuestra partida. Hablad, pues. Observo que permanecéis callado ante mi ejército de interrogaciones y voy á resumirlas todas en una sola. ¿A qué altura estáis en la ciencia de la vida?

—A la misma en que estaba cuando me hallasteis—contesté á mi singular interlocutor;—con la sola diferencia de que hace un año quería saberla y hoy desearía olvidarla.

—Yo me encargo de curar vuestra enfermedad si queréis tomarme por compañero. Conozco los sonidos de la realidad. He vuelto ya de allí y volveré nuevamente para complaceros y demostraros que un hombre de veinte años siempre puede hacer algo mejor que meterse una onza de plomo en el cráneo, sobre todo cuando tiene bastante oro en el bolsillo para permitir os el lujo de gozar.

Hubo tiempo que sentía lo que sentís vos: estaba en ese momento estúpido en que uno titubea en esperar el sol de mañana, y queréis qué os diga la verdad? tuve la cobardía de esperarlo y aplacé la partida para la próxima luna. Pero como quiera que la luna no volvió á levantarse en quince días, en ese intervalo había trabado amistad con un célebre doctor que posee la especialidad de

curar esa enfermedad que tuve yo y que tenéis vos en este momento.

Ese doctor no usa los sistemas de sus colegas de la Facultad, no viste traje negro ni corbata blanca, ni nombres latinos; no le encuentro jamás en su casa, pero lo veo en todas partes y sus órdenes son las que más agradablemente se cumplen. Ese doctor, mi querido Antony, se llama el Placer. Me hice cliente suyo y ahora soy su amigo inseparable. Id á ver al doctor Placer y os garantizo vuestra curación. El os ordenará, como á mí, vigorosos medicamentos que os harán extremecer, pero os sacarán de vuestra indolencia, en lugar de esos tristes insomnios que os hacen palidecer.

«que ne l'est un trappiste á la fin du carême»

como dice un poeta, tendréis noches luminosas armoniosas; perfumadas, podréis tocar todas todas esas hechicerías del palacio de las *Mil y una Noches*, edificado sobre estas dos palabras: riqueza y juventud; tendréis violentas amistades que durarán lo que dura un par de guantes, amores tan numerosos que no podréis jamás llevar la cuenta, y cuando habréis vivido durante un mes con este régimen no querréis seguir otro.

He aquí el consejo que os doy y que he venido á daros porque sabía la gran necesidad que de mí teníais, apesar que á esta misma hora falta mi carcajada en una orgía ex-

clusivamente compuesta de poetas elegíacos y de piadosos artistas que son la esperanza del siglo.

Ahora reflexionad, y si persistís en vuestra idea de remontaros, como dicen, hacia las bóvedas eternas, yo me encargo de presidir el duelo, y si de ello hay necesidad adoptaré los escudos que dejéis huérfanos, de los que os prometo hacer un noble y digno uso. Veamos ¿cuál es vuestra decisión?

—Vuestro primer consejo me ha sido fatal—respondí á mi amigo;—hace un año que fuisteis vos quien me empujó al amor, ¡y Dios sabe qué amor encontré! Hoy pretendéis arrojarme á una vida en donde todo se compra y se vende, y en donde, según vuestra propia y cínica confesión, el hombre se rebaja hasta el nivel de las pasiones brutales, que no afectan más que á la epidermis y no agitan más que los nervios...

—Querido mío—contestó mi amigo—concluída la novela de mi vida, hablo como todo el mundo, el lenguaje vulgar de la razón y os juro que tengo un horror invencible por las frases efectistas parecidas á las que me dirigió. Acabad, pues, solo la vuestra y terminadla con una bala de vuestra pistola; tenéis un derecho indiscutible á ello y por lo demás estais en vuestra casa; por mi parte me voy á cenar, siento un hambre de gargantúa. Todavía una vez más os invito para que me acompañéis, ¡qué demonio! esto á nada os compromete y tiempo tendréis

para venir á mataros antes ó después de los postres. Esto será para vos una especie de ensayo libre, como el de los mártires cristianos en los circos; vamos, por última vez, ¿queréis venir conmigo?

—Sí—respondí—pero volveré.

—Qué apostamos—replicó mi amigo—que cuando regreséis, la reflexión habrá molido el cebo de vuestra pistola.

La previsión de mi amigo se realizó.

Al salir del banquete donde me condujo, grité alegremente: ¡viva la vida! y desde el siguiente día, dócil á los consejos de mis nuevos compañeros, derroché á manos llenas mi patrimonio, pero no tuve tiempo de devorarlo completamente: al cabo de un año estaba fatigado de mi nueva existencia. Entre los compañeros de placer hallábase un joven pintor, con el que contraje particular amistad; poseía un talento originalísimo y por entero dedicado al entusiasmo por el arte, que juzgaba la cosa mejor del mundo.

Transcurrían sus días en los museos y en su taller y durante algún tiempo viví á su lado.

—¿Queréis aceptarme como discípulo?—le pregunté un día.

—¡Ah!—me respondió—si pudiéseris amar al Arte, seríais salvo, no tendríais necesidad de ser hombre vulgar. La voluntad enérgica reemplaza á la vocación; pasad diez años estudiando y os convertiréis en un gran obrero de la forma ó del color, y podréis ser

un ambicioso de gloria; sintiendo esta pasión no es necesaria otra para desear la vida. Sois una naturaleza excepcional que no ha visto ni sentido como las demás, tenéis un talento particular y rechazado, como habéis dicho del mundo y de las pasiones de los hombres, podréis vivir en el mundo inmortal de las grandes obras maestras del Arte. Imitad mi ejemplo: mirad, mi querida se llaman pronto *Gioconde* como *Venus de Milo*, las dos inmóviles pero admirables, mi amigo íntimo, el confidente de mis esperanzas, habita también en la galería del Louvre, es ese pálido joven con cabeza de poeta que se llamó en otro tiempo Rafael de Urbino: jamás mi querida y mi amigo me traicionaron.

Seguí los consejos del pintor y después de haber viajado durante un año por los museos de Flandes y de Italia, regresé á París entrando en el taller de M... Trabajé apasionadamente tres años y hoy día soy uno de sus mejores discípulos. En rarísimos intervalos he sentido que se despertaban mis deseos de otro tiempo, pero esto no duraba más que un instante. Un instante pues, me creí atraído por nuestra vecina la modistilla pero esto fué una atracción artística y por lo mismo no pasó de ahí y me marché al campo. Allá una joven ingénua con la cual viví, me ocupó algún tiempo como me hubiera ocupado un cuadro ó una estatua. Durante la enfermedad que la llevó

á la tumba no me separé de la infeliz María que no quiso huir de este mundo conservando la virginidad de su corazón, su postrer suspiro fué su primera palabra de amor y fuí yo quien la recibió.

Ignoro cómo hallé lágrimas, pero yo he llorado viendo cómo las sombras de la muerte invadían aquella hermosa frente; no sé cómo tuve valor, pero deposité en sus helados labios el beso que parecía pedirme. María era muy hermosa, miradla, dijo Antony enseñando al doctor Antonio una tablita pintada, ahí tenéis su retrato.

—¡Oh!—exclamó Antonio—¡ella también os ha amado! Me habeis robado las dos, á la que había prometido mi corazón y á la que me había ofrecido el suyo! El azar os ha puesto cerca de las dos y las dos me han olvidado para amaros á vos, porque Cesarina os ama como María os hubiera amado si no se hubiese muerto! Adios, pues, Antony, vuelvo al fondo de mi provincia, tengo allá una madre á quien consolar y me marchó—repitió Antonio;—solamente deseo pedirós una merced: vos que volveréis á ver á la condesa de Rouvres dadle esta carta y decidla cuanto la amaba, cuanto he sufrido, ó mejor, no, no digais nada, ya se lo digo todo en esta esquela, juradme que se la entregareis. Adios, adios.

Antonio salió de París aquella noche.

Al siguiente día, Antony marchó á la Bretaña, en donde permaneció seis meses.

La marquesa de Rouvres vivió reclusa en su *boudoir* blanco, derramando lagrimas sobre el adiós que le había dirigido Antonio y sonriendo á su pesar ante la esperanza que tenía del regreso de Antony.

—Ah! decía Mr. Neuil, ¿á cuál de los dos ama mi sobrina?

Si Mme. de Rouvres hubiera querido ser franca con su tío y con ella misma, hubiera contestado: «Amo á los dos tal vez; pero seré de quien regrese antes.»

Al comenzar aquel año la estación de invierno, Antony regresó.

VIII

El que debía llegar

Una tarde, Antony estaba sólo en el reducido cuarto que le servía de taller.

La cabeza apoyada entre sus manos y el semblante anegado en uno de esos penosos abatimientos que suceden á las grandes crisis morales.

Antony amaba a la condesa de Rouvres, y sabía que era amado por ésta.

Comparaba su nueva inmensa pasión que se enseñoreaba en él, de sus amores tan pronto extinguidos, y preguntábase temblando si la tardía estrella que se elevaba en el horizonte de su vida, no fuera como las otras, un fugaz resplandor, una nueva ironía de la ilusión. Después, abandonando brusca-

mente las tinieblas de la duda, su alma se extraviaba en el cielo luminoso de la esperanza, y su corazón resucitado, mecíase á impulsos de infinitas adoraciones.

Una voz íntima le decía: Artista, tú no eres un hombre vulgar; tú amas con los ojos y no puedes desprenderte de las formas y de los colores; el mundo, en donde puedes vivir se llama el museo; no pretendas alejarte y vuelve á encontrar á las mujeres de bronce y de mármol, la Venus griega es más bella que la condesa Cesarina y su belleza es inmortal.

—¡Oh! se decía Antony, golpeándose en la frente con violencia, ¡voz terrible, voz encantadora! ¿á cuál de las dos debo creer?

—Ama, y déjate amar,—le respondía cada latido de su corazón.

En aquel momento dió en un reloj cercano la hora en que esperaba á Mme. de Rouvres.

—¿Vendrá? murmuró Antony... Sí, viene,—añadió apercibiendo un rumor de pasos en el corredor.

Dos golpes discretos que sonaron en la puerta le advirtieron que no se había equivocado.

Fué á abrir.

Era Mme. de Rouvres.

—Me habéis escrito y he venido—dijo entrando en la habitación acompañada del joven.

—¡Cuánto bien me hacéis!—respondió

Antony—perdiéndose á pesar suyo en las banalidades del madrigal, y qué orgulloso estoy por veros aquí; orgulloso sobre todo, si es que esta dicha que me otorgáis causa la desgracia de otros.

—¿De quién queréis hablar?—preguntó la condesa algo sorprendida.

—De los que vos abandonáis.

—¡Oh Dios mío! ¡qué original sois!

Apenas dispongo de una hora para dedicaros y la malgastáis en abrumarme á galanterías; y no solamente las decís, sino que las hacéis, añadió la condesa, indicando dos *bouquets* de camelias que llenaban dos grandes vasos puestos encima de la chimenea.

—Sé cuánto os gustan estas flores, y además, señora—dijo Antony,—las flores han sido siempre un emblema de fiesta, y hoy es una de las mayores para mí.

—¡Dios mío! qué oscura tenéis vuestra habitación, exclamó la joven, encended pues otra bujía... ¡Ah, esto es otra cosa. Y añadió quitándose su manteleta bajo la cual apareció un elegante tocado de baile, ahora, miradme ¿os parezco hermosa?

—¡Oh sí! hermosa, regamente hermosa, y pienso que mi amor ha debido encontrar muchos rivales en ese mundo del que acabáis de salir.

—Pues os equivocáis, porque salgo de mi casa, y este elegante atavío está por completo dedicado á vos, de modo que si no me

admiráis habré perdido el tiempo que he empleado para hermosearme.

—¿Qué? ¿es por mí, realmente por mí solo, que os habéis vestido así?

—Sí, no ignoraba que satisfacía uno de vuestros caprichos.

—Y habéis realizado uno de mis sueños.

A menudo en la soledad de mi trabajo anquilado tanto por las fatigas como por el abatimiento del espíritu, he llegado á sentarme en este sitio donde ahora estáis y me he quedado sumergido en ese sueño febril que sigue á los largos insomnios. Entonces, señora, Dios que me daba esa realidad tan árida, quería recompensarme abriéndome los mágicos palacios de los sueños, entonces un inmenso horizonte de fantásticas quimeras se desarrollaba ante mí y mi espíritu las reconocía con la rapidez del deseo y las alas de la locura. Si os dijera todo lo que sentía, todo lo que he sido durante esas horas de delirio, acaso no me creeríais ó me juzgaríais insensato.

Sobre las más altas cumbres que dominan al mundo, me he visto al lado de hombres tan grandes por su genio que la multitud cree que son dioses y mi nombre obscuro entre los ignorados lo oí pronunciar infinidad de veces por las mil trompetas de la fama. Pero bajo mis sueños de gloria, como vemos lo azul bajo las nubes, cerníase el amor de una mujer á la que veía como os veo tan espléndidamente vestida, que su

presencia me enagenaba como si estuviese vestida de rayos, sonreíase al verme y me llamaba; y cuando me precipitaba para poner á sus pies mi corona de gloria y mi corona de amor, choqué con esta mesa y me encontré solo en medio de todo esto que la realidad ostentaba irónicamente á mis ojos. aún deslumbrados por los esplendores de mi sueño.

Sin embargo, un día Dios tuvo piedad de mí y me envió á vos.

Desde entonces la más hermosa parte de mis sueños se ha convertido en realidad.

Pero ved una cosa extraña, ahora que mi sueño es verdad, porque estáis en mi casa, á mi lado y vuestra presencia irradia en este lugar obscuro tal centelleo que os semeja á mi espléndida aparición, tiemblo y no me atrevo á acercarme á vos ni siquiera á tocaros un pliegue de vuestra ropa; tanto miedo tengo de hallar el vacío bajo mi mano y encontrarme solo. Me creó más miserable y desconsolado que nunca. Tengo miedo, en fin, de que esta verdad no sea como otras veces, pura ilusión de mi fantasía.

—No, Antony—contestó la condesa—lo que es preciso olvidar como un horrible sueño, es el pasado que dejais tras de vos y que quiero hacer os olvidar. Os ruego vivamente no volváis á vuestras acostumbradas tristezas. La tristeza es una terrible musa; no la busquéis, amigo mío, y no hagais de ella vuestra única inspiración. Su canto es dul-

ce, ya lo sé, y vos la amáis, como todos los artistas, los poetas y los soñadores; y la amais tanto, que la buscáis cuando os abandona.

—Oh!—exclamó Antony, inspirado por un lirismo que no habia podido alcanzar al principio de la conversación—la tristeza sigue al dolor y ella es su hermana dolorida y fiel. Siempre que he sufrido, ha vivido á mi lado. Pero la felicidad, ha entrado aquí con vos. Me la dejaréis al partir y la tristeza dejara mi casa, dandome un adios eterno.

—Cuando me decís esas cosas—respondió la condesa—dejo de oír la severa voz que me reprende por estar aquí, y todo enmudece en mi corazón para escucharos. ¡Oh! volved á decirme que sin mí sufrirais y me enorgulleceré de mi amor, como de una buena acción; y como una buena acción no hace enrojecer, la confesaré ante todos si es preciso, y, si me acusan, todavía preguntaré á Dios, ¿por qué nos envía el dolor, si el consuelo es un crimen?

—Ah!—exclamó Antony, estrechando la mano de la joven entre las suyas;—el alma que no ama, es incompleta, y por esta razón, vuestro amor llena la mía de goces infinitos. No soy el mismo ya; me habeis hecho nacer otra vez. No tengo que renunciar á mi sueño. El talento volverá á renacer enérgico, aumentado por una gran pasión; y acaso un día, todo lo que me dáis en amor, os lo pagaré en gloria; pero es preciso que

me améis y vengáis aquí á decírmelo con frecuencia.

—Si yo pudiese—dijo la condesa—estaría siempre á vuestro lado. Pero—continuó con sobresalto—ha llegado el momento de separarnos.

—¿Tan pronto?—murmuró Antony.—Esa es la felicidad; lenta para llegar, rápida para huir.

—Volveré.

—Volveréis, sí; pero, cuando os hayáis marchado, cuando no os pueda oír ni veros, como os decía hace poco, voy á creer todavía...

—¿Que todo era un sueño?

—¡Me he engañado tantas veces!

—Dios mío! ¿Qué es necesario hacer para convenceros que no soy un fantasma? ¡Ah!—dijo Mme. de Rouvres, cogiendo las flores que llevaba prendidas en su talle—os dejo una prueba de mi estancia aquí; ¿estáis satisfecho?

—No me atrevía á suplicároslo.

—Podíais cogerlas. Pero—añadió sonriendo la condesa—no creáis que es un regalo, porque, en cambio de mis flores, me llevo las vuestras.

Cesarina tomó uno de los ramos de camelias que había sobre la chimenea.

—¿Partís?

—Sí, y muy dichosa por dejaros feliz. Mañana volveré más dichosa aún, porque mañana...

—¿Mañana?... preguntó Antony.

—No sabréis nada más esta noche; os prohibo que me acompañéis.

La condesa salió.

—¡Oh!—dijo Antony, cuando se quedó solo.—Amo á esa mujer con toda mi alma.

Al llegar á su casa, Mme. de Rouvres encontró á Mr. de Neuil, que la esperaba.

—Querida sobrina—le dijo al verla—apuesto lo que quieras á que no vienes del baile.

—¡Oh!, tío mío—contestó la condesa, ruborizándose—¡cuánto le amo!

—Si ya lo veo, querida niña, por eso es tiempo ya de terminar esa poesía con la prosa de un notario, y voy á procurarlo. Buenas noches.

—Haré cambiar mi *boudoir* blanco, tapiándolo de rosa—murmuró Cesarina.

IX

El matrimonio

Ha llegado el instante de vestirnos el frac, calzarnos guantes blancos y asistir á la boda. Una mañana, todo París, es decir, esa porción de la sociedad parisina, que estrechándose un poco cabe en la sala Ventadour, y estrechándose mucho cabe en el salón de A... ó de X..., encontró al despertar una esquila de enlace, concebida en estos términos:

«El conde Antony de Sylvers tiene el honor de participar su enlace con Mme. Cesarina de Rouvres, y de rogar la asistencia á la bendición nupcial, que les será dada mañana en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.»

Tal boda parecía á todo el mundo una cosa tan monstruosamente extraña, que á pesar de la esquila oficial que habían recibido, muchas personas la pusieron en duda y esperaron la celebración del acto para rendirse á la evidencia.

Durante el día que precedió al del matrimonio de Antony y de Cesarina, toda la sociedad aristocrática permaneció emocionada; no se oían por todas partes más que interrogaciones y exclamaciones.

—¿Sabéis la noticia?

—¿Habéis recibido la esquila de participación?

—Sí, ¡ah! bah! gran Dios! ¿qué me decís? ¿quién lo hubiera creído? etc., etc.

Y así en todas partes. Los nombres de los novios estaban en todos los labios. Todo se olvidó, para no ocuparse más que de ellos. Nunca suceso extraordinario, caído súbitamente desde la altura de lo imposible, habría causado estupefacción mayor.

El día siguiente, cuando llegó la hora de la ceremonia, los invitados llegaron á la iglesia en donde el acto religioso debía tener lugar. A las doce, y seguidos de los testigos y parientes, llegaron los esposos.

A la cabeza de la comitiva iba Mr. de Neuil, con aire orgulloso, la frente alta, y lanzando sobre la concurrencia una mirada de triunfo.

En aquel momento, el buen anciano tenía la actitud de un autor que, á pesar de las cabalas del público y del pésimo trabajo de los autores, ve aplaudida su obra.

Razonablemente, esta vez la duda no estaba permitida, no era posible ni podía admitirse un error de nombres. La identidad estaba bien probada: Mme. de Rouvres y el conde Antony de Sylvers venían á renovar ante el sacerdote, que representaba á Dios, el juramento que habían hecho ya ante el magistrado, que representaba á la Ley.

Parecía imposible, pero era verdad.

Concluida la ceremonia, la multitud que asistía á la boda ocupóse en buscar, observando la actitud de los dos esposos, las circunstancias que habían dado lugar á esta unión, que nadie quería creer fuera un matrimonio de conveniencia.

Durante todo el tiempo que duró la misa nupcial, los asistentes y la mayoría de los espectadores no cesaron de observar la fisonomía de los recién casados y la de los que les acompañaban, deseando sorprender un gesto, una mirada ó cualquier otro detalle insignificante, capaz de ponerles sobre la pista de este extraño enigma que acababa de serles propuesto de improviso.

Cualquiera que fuese la atención que

prestaron para conseguir su objeto, no les fué posible sorprender ningún indicio sobre el cual basar una suposición.

Aquella boda se parecía absolutamente á todas las demás ceremonias de ese género, donde un hombre, vestido de negro de pies á cabeza, da la mano á una mujer vestida de blanco de la cabeza á los pies. Porque por una audaz derogación de la costumbre establecida para las viudas, Mme. Cesarina de Rouvres reemplazó el virginal emblema del azahar por camelias, y vestía la blanca *toilette* de las novias.

Fué inútil querer conocer por el semblante de los nuevos esposos las impresiones que sentían en aquel momento solemne. Arrodillados ambos uno junto al otro, parecían abortos por la ceremonia y semejaban dos estatuas.

Los parientes y los amigos íntimos reunidos con ellos, permanecieron impassibles durante la ceremonia. Pertenecían á esa clase escogida de figurantes que lo mismo asisten á una boda que á un entierro y que cifien los gestos de su rostro á las exigencias de los actos en que se encuentran.

Separóse, concluído el acto, aquella multitud curiosa, conviniéndose en que semejante boda era á todas luces extraordinaria, y sin saber á qué causas misteriosas había obedecido.

X

El «post-escriptum» de un contrato de boda

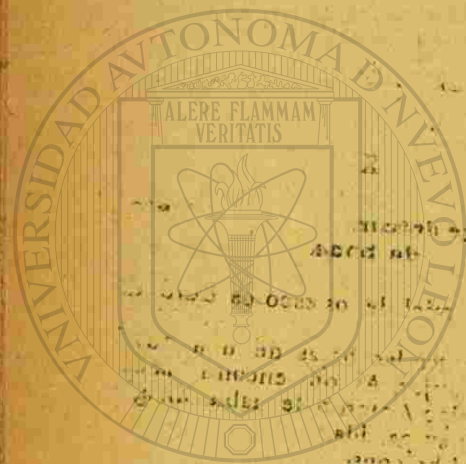
La luna de miel de los esposos duró dos años.

Un día, entre las hojas de una novela que leía su mujer, Antony encontró la carta que su amigo Antonio le había dirigido la víspera de su partida.

—¿Por qué ha conservado mi mujer esta carta?—se preguntó. La metió en un sobre y la remitió á Antonio, médico entonces en una capital de provincia. Ocho días después Antony recibió del doctor Antonio un paquete, dentro del cual vió muchas cartas de la condesa de Sylvers, todas ellas con fechas posteriores á su matrimonio y firmadas solamente *Cesarina*.

—Vamos,—dijo Antony, he ahí mi última ilusión que muere ¡al menos ésta ha vivido dos años!

FIN



EL MAUSOLEO

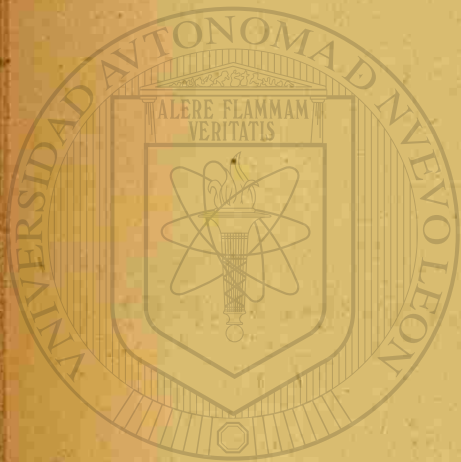
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO GARCÍA ROSS"

Año. 1925 MONTAÑANA



EL MAUSOLEO

I

Aquel día, Mme. Champlouis se despertó muy temprano; y aunque no durmió mas que algunas horas por haber pasado una parte de la noche en el baile, las huellas que siempre dejan los placeres nocturnos habían desaparecido de su semblante después del breve reposo que había disfrutado.

Con la cabeza apoyada sobre uno de sus brazos, que desaparecía oculto en las ondas de encaje de una grande muelle almohada, Mme. Champlouis parecía sumergida en esa pereza que sigue al despertar. En tal momento, el espíritu y los sentidos adormecidos se complacen en su atontamiento y procuran olvidar el ejercicio de sus facultades y ensayan la prolongación de ese estado de transición en que uno se halla vacilando entre el sueño y la realidad, y á semejanza

de un estudiante que aprovecha la ausencia del profesor para correr al sitio que le está prohibido ir, la imaginación despierta ante la razón y no recordando más sus ironías y sus agravios, hace novillos, marchándose á esos hermosos reinos de la fantasía, donde vemos todas las cosas como queremos que sean.

Sin querer penetrar en las misteriosas quimeras que encantaban á la joven, no sería, sin embargo, muy difícil adivinar su naturaleza. Por lo demás, si tenía un secreto y cualquiera se hubiese hallado escondido para espiarla, ella misma se hubiera traicionado asaz ingenuamente por la singular mirada que pasó á su alrededor al despertarse de pronto y por las palabras no menos singulares que cayeron de sus labios y cuyo sentido completaba la interrogación de su mirada.

—¿En dónde tenía la cabeza?—dijo la joven.—¿Qué extraña idea me ha ocurrido?

Y al pronunciar estas palabras, Mme. Champlouis volvió involuntariamente los ojos á un ángulo de su alcoba, donde se veía el retrato de Mr. Champlouis, el más honrado difunto del mundo.

La joven viuda permaneció un instante en contemplación ante aquella serena y pacífica figura de un hombre que había sido siempre excelente para ella. En aquella imagen fielmente trasladada al lienzo, veía la joven aquella bondadosa sonrisa con la cual su marido decía siempre que sí, cosas caprichosas y pensó las veces que aquel de quien llevó el nombre, le había facilitado y hecho agradable el camino del matrimonio durante los dos años que duró su unión.

Le preguntó quedamente si su deuda de gratitud estaba suficientemente pagada con una tumba de mármol blanco y por el luto riguroso siquiera que llevaba hacía un año.

¡Pero, ved la fragilidad del recuerdo! Durante aquel año la tumba blanca se había ennegrecido; y la víspera, los crespones de luto cedieron su lugar á las gasas blancas de un vestido de baile, y pensando en el placer que sintió en medio de aquella fiesta y recordando cuán lisonjeramente había sido acogida su vuelta á la sociedad y vibrando su memoria todas las galantes frases que, rindiendo culto á su belleza, la dirigieron al vería resurgir más hermosa que nunca, despojada de aquellas tocas de viuda que

largo tiempo la ocultaron, la joven se preguntaba si no se precipitó demasiado para dejarse dominar por el olvido y abandonarse á la dulce sugestión del placer mundano.

—¡Oh! decía Mme. Champlouis, he sido mala, muy mala, dejándome llevar...

Y con tímida mirada, bañada por dos lágrimas sinceras, pareció pedir á la imagen del difunto una de aquellas benévolas sonrisas de perdón que tenía siempre propicias, cuando en su breve vida matrimonial, llegó á cometer cualquier *ligera falta* hija de una imprudencia involuntaria de su inocente coquetería. Pero por una enérgica metamorfosis determinada sin duda por súbita transformación de su pensamiento, pareció á Mme. Champlouis que el retrato de su marido no ofrecía el carácter de benevolencia que le era habitual. Aquellos rasgos en los que había visto siempre estereotipados una ternura y una mansedumbre profundas, expresaban, por el contrario, en aquel momento una idea desdeñosa y despreciativa. La fría pintura parecía animarse; en sus ojos fijos centelleaban la cólera, y la boca parecía también abrirse para dejar caer una palabra de ironía y de reproche. Inmó-

vil y casi aterrada ante este singular fenómeno, Mme. Champlouis ocultó su frente entre sus manos y murmuró con voz queda:

—¡Oh sí! ¡qué culpable soy! ¡qué ingrata!

Pero entonces sintió despertarse en ella aquella extraña voz que insistía en ahogar los gritos de la conciencia, voz hábil, atenta á la réplica, pronto á encontrar argumentos, voz sugestiva, mentirosa, lisonjera é ingeniosa para hallar la paradoja cuando la razón le faltaba, voz elocuente y que casi siempre concluía por ganar su causa. He ahí cómo esta vez hablaba á Mme. Champlouis cuando esta se acusaba de ingratitude:

—¡Ingrata! ¿Por qué? ¿Acaso no es el destino común de todos los mortales, aun el de los más queridos, el ser olvidados, sobre todo aquellos que han tenido la parte de lágrimas y de penas que se merecieron, y sobre todo, cuando esas lágrimas y esas penas expresaron un dolor sincerísimo? Nadie en este mundo tiene el poder de corregir el instinto natural, ni de imponer una dirección á sus sentimientos.

El corazón es independiente de la voluntad, y sus movimientos no sabrían ser com-

primidos por ésta. De él dimanan los recuerdos obstinados que llenan el corazón de tristeza y alejan de él todo pensamiento extraño á su dolor; pero también cuando llega la hora del olvido, todos los esfuerzos de la razón, todas las rebeliones de la conciencia no podrían impedir que la imagen cuya memoria quería guardar, desaparezca progresivamente y por grados que difieren según la diferencia de caracteres y circunstancias.

La eterna y justa ley de la movilidad lo quiere así y revoca por anticipado los juramentos de fidelidad y de eterno recuerdo de los que se quedan á los que se van. Los más violentos dolores y las penas más profundas tienen una duración, limitada sabiamente por la naturaleza, y no es posible extender sus límites más allá del término prescrito.

Cuando desaparece de este mundo un ser querido, ante el sitio que ha quedado vacío en nuestro hogar, sentimos llenarse de lágrimas nuestros ojos y nuestro corazón hincharse de suspiros. El dolor nace en nosotros, lo amamos y lo sentimos vivir; pero ese dolor que se manifiesta y deshace en sollozos y en lágrimas, no posee más que cierta provisión para gastar, y agotada que

está, sécanse los ojos y queda vacío el corazón. Esta es la regla inimitable, el llanto es un ácido cayendo sobre una piedra; borra poco á poco el nombre grabado en ella, que se llama el recuerdo, poco á poco también lo borra de la memoria y reemplaza por otra la imagen que se creyó poder conservar. Los muertos que saben que esto es así, no blasfeman en sus tumbas, y una vez que se les ha dado su parte de pena, se conforman con un recuerdo lejano y conquie de tiempo en tiempo hablen de ellos los que no deben oírlos ni verlos jamás.

Así hablaba interiormente Mme. Champlouis cuando le atormentaban las sugerencias de su conciencia.

—No, no—decía la joven, no existe en el mundo ingratitud como la mía, y la falta que he cometido ayer será más grave si continuo discutiéndola.—No, no—añadió con vivacidad—no quiero entrar otra vez en el mundo. Mi luto ha expirado, ya lo sé, he dado satisfacción á las costumbres sociales, pero estas costumbres han sido establecidas por aquellos que tenían interés en invocarlas..... y yo no soy de esas.

Los ojos de Mme. Champlouis posáronse

en aquel momento en una butaca, encima de la cual se hallaba extendido su traje de baile y exclamó entonces, mirando el retrato de su marido:

—¡Oh! no, no, jamás volveré á ponérmelo.

Tiró violentamente del cordón de la campanilla, que pendía á un lado de la cama.

—¿Ha llamado la señora?—preguntó un instante después una camarera abriendo la puerta de la alcoba.

—Sí—contestó Mme. Champlouis—¿qué hora es?

—Las doce, señora.

—Que me preparen enseguida el almuerzo, quiero salir. Sí—repetía la joven vistiéndose precipitadamente;—quiero expiar mi falta, yendo hoy mismo á olvidar sobre la tumba de mi marido el placer que ayer consentí que me dominara.

Cuando concluyó su comida, que tomó en su cuarto, Mme. Champlouis dió sus órdenes para que le preparasen su tocado.

Cinco minutos después, la camarera le presentó una elegante y fresca *toilette* de mañana; sombrero nuevo, vestido nuevo, todo acabado de salir de los talleres de una célebre modista.

—¿En qué pensáis, Julia?—preguntó madame Champlouis á su camarera.—¿Qué significan estos vestidos?

Son los que la señora ha encargado á su costurera. Los trajo ésta precisamente ayer, con el de baile. Los demás estarán enseguida, creo que esta misma semana. La modista deberá venir á tomar órdenes de la señora.

—Diréis á la costurera que tenga por no recibidos los encargos que le hice y á la modista que no se moleste. Y en cuanto á este sombrero y á este vestido, guardadlos, porque no me los pondré hoy.

—¡Tan elegantes que son!—se aventuró á decir la camarera.

—No importa, haced lo que os digo.

—¿Qué traje, pues, va á ponerse la señora?

—Mi vestido de seda y mi sombrero de terciopelo.

—Pero, señora ...

—¿Qué?—replicó con vivacidad la joven viuda.—¡Estáis muy singular hoy! Dadme lo que os he pedido.

—Pero—insistió la camarera con alguna inquietud.—Este traje no está ya en el guardarropa de la señora. La señora me dió

permiso para disponer de él y creí que podía hacer uso inmediato de....

—Es verdad—pensó Mme. Champlouis.—No me acordaba—dijo á la camarera;—tenéis razón, os dí esa ropa, guardadla, dadme otra que sea de luto.... ¿Acaso no tengo mas que un traje?

—Señora—insistió nuevamente la camarera—es que los otros están muy usados....

—Haced lo que os mando, pero pronto. Media hora después Mme. Champlouis estaba vestida de luto de pies á cabeza.

—¿Sale enseguida la señora?—preguntó Julia viendo que su señora se calzaba los guantes.

—¿Por qué?

—Recuerda la señora que al regresar ayer del baile me dijo que Mme. Alpuis debía venir á buscarla hoy para ir al campo.

—Pues diréis á la condesa que no he podido esperarla; tengo que hacer una visita. ¿Han ido á buscarme un carruaje?

—Abajo espera—respondió Julia, que siguió tras de su ama.—¿Adónde irá la señora?—se decía.

—En aquel momento y como para satisfacer la curiosidad de la joven Mme. Cham-

plouis ordenó al cochero que cerraba la portezuela:

—Al Pere-Lachaise.

—¡Ah! Dios mío, exclamó la señorita Julia.

¡La señorita me decía que iba á hacer una visita! Será al cementerio.

No lo comprendo, después de haber estado ayer en el baile...

—Eso prueba que los días se siguen y no se parecen, le contestó el criado, hombre que creía en la filosofía de los proverbios.

II

Una hora después, Mme. Champlouis llegaba al cementerio del Pére-Lachaise.

La primavera comenzaba entonces, la naturaleza se revestía de su fresco ropage verde, sembrado de flores y dorado por los rayos del sol. El aire puro que reina en los sitios elevados, inundaba el espacio de perfumes, y el sol preludivando los ardores de la próxima estación, acribillaba de flechas luminosas los verdes campos y encendía con vivas claridades las sombreadas sendas de

cipreses y de álamos que forman las calles de la necrópolis.

Con lento y mesurado paso, Mme. Champlouis se dirigió al sitio donde se hallaba la tumba de su marido.

Alzabase ésta en una parte del cementerio que á causa del crecimiento de la población se estaba arreglando en los terrenos anexos y desprovistos aún de panteones lujosos.

En aquel sitio una forzada economía había unido con otras todas las sepulturas invariablemente construidas según el vulgar modelo de los contratistas del dolor inconsolable. Era preciso, que aquel cementerio fuese muy conocido para poder encontrar y reconocer la tumba que se buscaba.

Mme. Champlouis tardó, pues, una media hora en hallar la tumba de su marido, una tumba sencillísima y que parecía atestiguar la humildad que en vida fué la principal virtud del difunto.

Aunque apenas tenía un año en aquella sepultura modestísima veíanse señales evidentes del espacio del tiempo que preludia la ruina.

La herrumbre como una cosa lenta y progresiva, había carcomido los cercos de hierro

en muchos de sus lados, estropeados por las odiosas mutilaciones de los que no respetan los lugares de los muertos.

La columna tumular de piedra blanca estaba cubierta por un baño de suciedad bajo el cual la inscripción fúnebre desaparecía enteramente.

Las coronas de siemprevivas colgadas del cipo no mostraban más que sus monturas escuetas. El terreno antiguamente dispuesto en forma de parterre ó de pequeñas sendas enarenadas y bordeadas por el césped simulando una cruz, estaba completamente inculto; las plantas parásitas como la ortiga, el cardo y la zarza, luchaban entre ellas para obtener más espacio y los cuatro raquíticos abetos que se hallaban en los ángulos, dos habían sido desmantelados por la cólera de los vientos invernales y los otros tenían el verdor enfermizo de las vegetaciones que van á morir faltas de savia ó de cuidado.

Para un observador aquella sepultura tenía un desolador aspecto que atestigua el olvido. Mme. Champlouis no tardó en sentir una profunda tristeza que en las mujeres sensibles, se convierte siempre en lágrimas. Arrodillada cerca de la tumba, lloró, pues,

con lágrimas amargas que abrasaban sus mejillas, se acusó brutalmente de ingratitud, y aumentado aún, por la influencia del sitio, el dolor de la joven viuda adquiría cada vez un carácter más grave.

La crisis moral que la abatía reaccionó violentamente sobre su naturaleza física; y á pesar de la abundancia de su llanto, que en tales ocasiones prestan un alivio saludable, Mme. Champlouis estaba próxima á sufrir un ataque de nervios.

Una circunstancia que vamos á contar vino de pronto á precipitar ese desenlace natural. En el momento en que, sofocada por los sollozos, Mme. Champlouis echaba su cabeza hacia atrás como para aspirar mejor el aire, apercibió á pocos pasos de ella á un joven vestido rigurosamente de luto, detenido ante una tumba de modesta apariencia, y cuyo rostro atestiguaba igualmente una grave y profunda tristeza.

Al ver al extranjero, el que sin duda como ella venía á visitar el último asilo de un ser amado, Mme. de Champlouis no pudo vencer la emoción que le causó aquella aparición inesperada. Un rubor súbito enrojeció su semblante, que ocultó apresuradamen-

te entre sus manos, y queda, muy quedamente, no oyéndolo sino ella misma, murmuró:

—¡Dios mío, es él! ¡todavía él!

Mas el choque moral ocasionado por este reconocimiento, combinado con la debilidad que experimentaba anteriormente, produjo esta vez una revolución, contra la cual la más enérgica voluntad lucha en vano. Mme. Champlouis sintió que todas sus fuerzas le abandonaban á la vez, los latidos de su corazón disminuyeron, una palidez mortal invadió su rostro, una nube pasó ante sus ojos; y, después de una inútil tentativa para conservar sus sentidos que la abandonaban, acogiéndose á las molduras de la tumba, lanzó un débil suspiro y cayó desvanecida al pie de la sepultura de su marido.

El extranjero, que había retrocedido algunos pasos por discreción, aproximóse precipitadamente al oír el grito escapado á Mme. Champlouis. Después de haberla dirigido algunas frases, á las cuales no estaba en estado de contestar, inquieto en extremo, y no sabiendo qué auxilio prestar al estado alarmante en que se hallaba aquella joven, iba á tomar el partido de abandonarla un

instante para correr á buscar socorros á casa del guardián del cementerio, cuando vió en el suelo un pequeño saco de terciopelo, que una idea instintiva le obligó á abrir y en el que afortunadamente halló un frasquito que contenía algunas sales. Después de habérselas hecho aspirar, no sin mucha pena, á Mme. de Champlouis, la sintió estremecerse entre sus brazos; y sus labios blancos y cerrados por la contracción nerviosa, comenzaron á entreabrirse y aún pareció que pronunciaba vagas palabras sin sentido. Al cabo de breves minutos la crisis empezó á calmarse, la respiración fué fácil, un ligero color de rosa borraba poco á poco aquella palidez de muerte que había asustado al joven. La mano de Mme. Champlouis, que tenía entre las suyas, parecía querer desasirse, sus ojos comenzaron á abrirse lentamente; y de pronto, cuando la razón vino á esclarecer su situación y se vió en brazos de un extranjero que le prestaba sus cuidados, se apoyó contra un árbol, vacilante y temblorosa todavía é irguiendo la cabeza con orgullo, exclamó, rechazando la mano que se le tendía:

—¡Ah, caballero! perseguirme hasta aquí, está mal hecho..... ¡Dejadme! ¡dejadme!....

—Pero, señora—contestó el joven algo ofendido á su vez.—En la triste situación en que os encontrábais, lejos de todo auxilio humano, he creído deber ofreceros el mío; por lo mismo—añadió con voz tan dulce como respetuosa—os pediré todavía permiso para continuar prestándooslo hasta que hayamos llegado á casa del guardián del cementerio, ó donde gustéis.

—Caballero—replicó Mme. Champlouis,—me encuentro ya bien y bastante fuerte parairme sola—y al decir estas palabras un temblor nervioso se apoderó de ella y sintióse otra vez próxima á caer en nuevo desmayo.

—Señora—dijo el joven—estamos lejos de la casa del guarda y sería imprudente que fuéseis sola; permitidme, pues, acompañaros.

—¡Ah, caballero!—contestó Mme. Champlouis con voz sofocada por la emoción.—¿No comprendéis que vuestra presencia es la que me turba? ¿Pensáis que puedo atribuir solamente al azar este encuentro, el que estaba lejos de esperar..... y en el lugar donde nos encontramos y en este sitio sobre todo?—añadió la viuda indicando la tumba de su marido.—¿Habéis olvidado el nombre

que lleva el hombre que aquí reposa? y es respetar su memoria venir á perseguirme hasta el pie de su tumba? ¡Oh! Dejadme, dejadme, caballero—concluyó Mme. Champlouis con voz firme y rechazando con el gesto y la mirada al joven, que intentaba aproximarse á ella y que retrocedió estupefacto.

Mme. Champlouis, ya repuesta por completo, le miró con aire sereno y altivo; y después de hacer un gesto lleno de autoridad que parecía significar «os prohibo seguirme», se alejó rápidamente y desapareció pronto al revolver un sendero.

—¿Qué significa esto?—se dijo el joven que no sabía qué pensar de esta escena,—¿quién es esa mujer? ¡una pobre loca sin duda! ¿Quién es este hombre, al que ella pretende que insulto su memoria?

Aproximóse á la fúnebre lápida y leyó esta inscripción casi borrada:

S. M. CHAMPLouis

OFICIAL DE LA LEGIÓN DE HONOR
ANTIGUO GOBERNADOR DEL ARDENNES
MUERTO EN PARÍS

Á LOS 52 AÑOS DE EDAD
EL 6 DE ENERO DE 1844
DE PROFUNDIS

—¡Mr. Champlouis!—exclamó el extranjero.—¡Gran Dios! entonces esa mujer..... ¡Ah! tal vez sabré...—añadió inclinándose para recoger un pequeño tarjetero que sin duda cayó del saco dentro del cual halló el frasquito de sales.

Después de abrir el tarjetero, el joven encontró algunas tarjetas, en las cuales leyó este nombre:

Carolina Champlouis

10, rue de Vaugirard

—¡Cómo! ¡era Carolina! aquella Carolina tan amada. Ahora comprendo su error y su espanto.

Y después de guardar el tarjetero en su bolsillo, el joven se aproximó lentamente á la tumba ante la cual se hallaba detenido al ocurrir el desmayo de Mme. Champlouis.

Aquella modesta sepultura cuyo buen estado de conservación atestiguaba una continua vigilancia y un piadoso recuerdo, se componía de un solo bloque de piedra, sobre el cual leíase grabada en cruz la siguiente inscripción:

LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES

LUCIANO DE MARISSAC

MUERTO EN ÁFRICA EL 8 DE AGOSTO DE 1844
EN EL COMBATE DE JOLY
Á LA EDAD DE 22 AÑOS

—¡Pobre Luciano! ¡pobre hermano!—dijo el extranjero con voz triste.—Es por la que murió.

Después de haber dado un último adiós á la tumba fraternal, se alejó lentamente y subió al carruaje que le había llevado al cementerio.

Al entrar en aquél apercibió á poca distancia á Mme. Champlouis que subía también al suyo, bajando precipitadamente la cortinilla observando que el joven se detenía para mirarla.

—¿Querrá seguirme?—pensó, emocionada todavía por la escena que acababa de pasar.

—¿Adónde irá la señora?—preguntó el cochero.

—Calle de Vaugirard, 10—contestó madame Champlouis.

Pero cambiando súbitamente de idea, volvió á decir:

—No..... conducidme á la calle Trois-Freres, número 2 y procurad ir pronto.

—¡A la Calzada de Antuil!—exclamó entre dientes el automedonte—¡vaya una carrera!

—¿A dónde vamos, caballero?—preguntaba á su vez el cochero del joven á éste.

—Calle de Trois-Freres, número 2—contestó el joven.

Y pensando quedamente en el encuentro que deseaba tener, murmuró: ¡Es hermosa, muy hermosa esa mujer!

III

Alfonso de Marissac á Estanislao Denis

Pensionado de la Escuela de Francia en Roma

Mi querido amigo:

Después de mi regreso de Italia no he podido hallar tiempo para escribiros. Trabajos importantes, relaciones que los intereses de mi porvenir me imponen cultivé asiduamente, y en fin, mil circunstancias imprevistas han cotidianamente dispuesto de mis horas; y si bien no os tengo olvidado, hasta hoy no he podido encontrar algunos ins-

tantes para expresaros mi buen recuerdo enviándoos una carta.

Ignoro si lo habréis sabido por los periódicos, pero la última exposición del Louvre me ha puesto más de relieve de lo que esperaba, ¿es un éxito sólido ó un auge efímero? No sé nada todavía, pero el hecho es que soy casi un personaje en el mundo del arte y que la crítica cuenta conmigo, aunque soy muy joven, como pudiera hacerlo con un hombre de reputación.

¡Ah! querido Estanislao, ¡si yo he conseguido atraer tantas simpatías con mi primera obra, qué triunfo tan grande no saludara á la vuestra!

Creedme, amigo mío, os equivocáis con vuestras dudas y vuestras vacilaciones. París, entre todas las capitales del mundo, es una capital ávida de arte y de poesía; tiene bastante entusiasmo para glorificar á todos sus poetas y á todos sus artistas y tiene oro suficiente para pagar todas las obras maestras.

Apresuráos, pues, á venir, querido amigo, venid á demostrarnos lo que valéis. Os lo repito; los gloriosos caminos están abiertos á todos los que son dignos de transitar por

ellos, y vos podéis entrar y tomar vuestro sitio sin recurrir á medios que repugnan á vuestro orgullo. Sois de los que son ilustres por su propio esfuerzo y lo que me hace más grato el éxito que ha obtenido mi debut es la seguridad de que una aclamación universal saludará al vuestro; un paso os separa todavía de la celebridad, dadlo pronto, porque la gloria os espera.

Voy á referiros, amigo mío, una aventura que desde sus comienzos ha tomado la forma de una novela. Estoy aún en los primeros capítulos; éstos han sido precedidos de un prólogo que considero útil que conozcáis.

Otras veces os he contado cómo quedé huérfano con mi pobre hermano Luciano.

En la época que murió mi padre, la mayor parte de su fortuna fué malversada en especulaciones comerciales sujetas á la influencia de sucesos políticos, que desgraciadamente determinaron la ruina completa de todos los accionistas de aquella empresa. Los últimos momentos de mi padre fueron, pues, amargados por horribles inquietudes; dejaba sin fortuna y sin apoyo á dos niños, de los cuales el mayor no estaba en situa-

ción de prestar amparo al menor, y si el honor de su nombre quedaba á salvo, era á costa de que con los restos de su fortuna escapados al desastre que le había arruinado, apenas restaba lo suficiente para enterarle con decoro.

La víspera de su muerte, mi padre recibió la visita de un hombre que había sido amigo suyo durante largo tiempo, pero sucesos políticos en los cuales ambos habían representado un papel importante, los separaron después. Sin embargo, al saber la triste situación de mi padre, Mr. Champlouis, acordándose de la estrecha amistad que les había unido, acudió á la cabecera del moribundo para llevarle el supremo consuelo de que los huérfanos no quedarían sin apoyo, y á falta de fortuna, nuestro padre pudo al menos legarnos la tutela de un hombre que no olvidó jamás la promesa hecha ante el lecho de un moribundo.

En efecto, después de la muerte de mi padre, Mr. Champlouis no ha cesado un solo día de otorgarnos tanto á mí como á mi hermano y á mi hermana, una ternura y una solicitud verdaderamente paternas. Cuando al cabo de algunos años, salimos del co-

legio, en donde nos hizo educar é instruir Mr. Champlouis, este nos dejó en libertad de seguir nuestra vocación y fué el primero en alentarme la que yo tenía por las artes. En cuanto á Luciano, cuyos gustos diferentes y estudios particulares le llamaron al foro, Mr. Champlouis lo tomó bajo su particular protección, y le dió una preferencia, de la cual nunca estuvo celoso, porque el pobre niño tenía más que yo necesidad de una tutela vigilante.

Cuando alcancé en la Escuela de Bellas Artes el premio académico que me enviaba á Roma por cinco años, y mi herinano Luciano obtenía un triunfo desarrollando ante la facultad de Derecho de París una tesis brillantísima, Mr. Champlouis se casó.

Embragado por mi triunfo, impaciente por ver á Roma y á las obras museos, que encerraban sus muros y sus mureas no asistí á esta boda que por otra parte se retrasó por algunas circunstancias y que tuvo lugar un mes después de mi partida.

Mr. Champlouis casó con una joven hija de una familia respetable y conocida en la burguesía parisina, pero de modesta posición. Mlle. Carolina no llevaba al matri-

monio más que una deslumbradora belleza aumentada por sus raras virtudes.

A pesar de la diferencia de edad que existía entre los esposos, esta unión que no duró más que dos años, no fué alterada por nube alguna. Mr. Champlouis adoraba á su mujer, y Carolina sentía por su marido una profunda estimación y una amistad tan tierna que pudo creerse que era amor.

Verificado este matrimonio y sin previsión de lo que necesariamente había de llegar, mi hermano Luciano continuó como antes, viviendo en la casa é intimando con su bienhechor. Amenudo Luciano me escribía, contándome sus proyectos para el porvenir. Trabajaba con ardor y aunque joven su ambición tenía grandes vuelos; heredero de las opiniones políticas de nuestro padre, esperaba conquistarse, á fuerza de trabajo, una posición que le permitiese un día convertirse en una personalidad saliente. Para él, el camino de la tribuna parlamentaria empezaba en el foro.

Algún tiempo después del matrimonio de Mr. Champlouis creí observar en las cartas de mi hermano un cambio singular de carácter y sobre todo una confusión de ideas

que comenzó á inquietarme. Las siguientes cartas aumentaron mi inquietud y no tardé en descubrir, á pesar de todo su cuidado, que le obligaba á ocultarme que otro sentimiento que el de la ambición tenía cabida en el corazón de Luciano.

En efecto, mi hermano amaba á la mujer de su bienhechor.

Largo tiempo encerró su secreto en el pecho y procuró disimular su amor á la que de él era objeto: aquella pasión le parecía tan criminal, que no se atrevió á confiármela, pero yo la adiviné, lo que no me fué difícil, porque en todas las cartas que recibía estaban llenas de alusiones y de ternuras indirectas que traicionaron pronto el secreto que se esforzaba en ocultar en su corazón y se escapaba á su pesar cuando cogía la pluma para escribirle.

Un día (fué durante la ausencia de monsieur Champlouis) Luciano no pudo contenerse más. No resignándose á dejar la casa que habitaba la primera mujer que había hecho latir su corazón y á la que amaba con ciega idolatría, resolvióse á crear una circunstancia cualquiera que le cerrase las puertas de su protector. Luciano adoptó,

pues, un plan que (así lo pensaba al menos) debía perderle en el ánimo de Mr. Champlouis y le obligaría irrevocablemente á marcharse de una casa en donde perdía su tranquilidad y en donde, á pesar suyo, su presencia solamente constituía un atentado al reposo de un hombre que él honraba como á un padre.

Luciano, arrastrado por su pasión y concibiendo acaso una insensata esperanza, se arriesgó un día á confesar su amor á madame Champlouis, y lo hizo en términos tan violentos, que la joven, asustada, creyó deber abandonar á París precipitadamente ó ir á reunirse con su marido, que estaba entonces girando una visita por sus propiedades de Bretaña.

Esta partida inmediata ocasionó la desesperación de Luciano. Creyó que Mme. Champlouis iba á advertir á su marido; se vió abrumada ya por el desprecio y el odio de un hombre al que ultrajaba con una pasión que el pobre niño juzgaba casi incestuosa. Al fin, desesperado, herido por los remordimientos que no podía calmar, tomó un día una resolución extrema.

Mayor de edad hacía dos años, libre de

sus actos, renunció al porvenir honroso y seguro que se desplegaba ante él, y creyendo hallar el olvido de su amor viviendo lejos de aquella cuya presencia lo alimentaba, Luciano se alistó voluntariamente en un cuerpo militar de guarnición en Africa. Supe todas estas circunstancias por una carta que mi hermano me escribió á bordo de un buque que le transportó á Alga.

En cuanto á Mr. Champlouis, gracias á la discreción de su mujer, ignoró siempre cuál fué el motivo que llevara á mi hermano á abandonar la brillante carrera que le estaba destinada y seguir una por la cual jamás sintió vocación.

Todo lo que hicimos Mr. Champlouis y yo para que Luciano regresara á Francia, fué completamente inútil, aunque su resolución tuvo más tarde un funesto desenlace.

Durante los dos últimos años de mi estancia en Roma, había entrado, gracias al celo grandísimo de Mr. Champlouis, en posesión de una parte de la fortuna de mi padre.

Un pleito que había durado largo tiempo, acababa de ser, después de varias sentencias, juzgado definitivamente, condenando á res-

tituir lo que indudablemente retenían los principales administradores de la empresa que arruinó á tanta gente.

La parte bastante considerable que nos pertenecía, permitíanos á mi hermano y á mí desquitarnos de la deuda material que teníamos con el hombre que nos había prestado un largo y generoso apoyo y que nos dejaba aún lo suficiente para obtener en el mundo una posición respetable. Escribí á mi hermano para participarle tan fausta nueva, pero no cambió ni un ápice su resolución; «guarda para tí esa fortuna, me respondió; he renunciado á mis sueños de otro tiempo, uno solo me persigue ahora y que no debe realizarse jamás... No entraré en Francia hasta que olvide absolutamente todo; ¡caso deba acordarme siempre!» Su antepenúltima carta me probaba que tenía razón en sus presentimientos: la ausencia no le había curado su desdichado amor. No pudiendo encontrar el olvido, buscaba la muerte, y la muerte huía. A los tres años de servicio mi hermano ascendió á oficial.

Dieciocho meses hace que de improviso supe el fallecimiento de Mr. Champlouis, ocasionado casi repentinamente por una enferme-

dad mortal. Tal suceso me causó gran dolor; ya me conocíais en esa época, mi querido Estanislao, y pudiste apreciar si mi tristeza fué sincera y duradera. Pero pese á toda mi pena, no pude impedir la idea de que esta muerte dejaba libre á Mme. Champlouis y abría á mi hermano nuevas esperanzas que con el tiempo y las circunstancias podría tal vez realizar. Me apresuré á escribirle, invitándole á regresar á Francia. Mi carta llegó muy tarde, y un mes después de haber sido remitida, supe por un periódico que Luciano había muerto en una escaramuza contra los moros.

Tal es, amigo mío, el prólogo necesario á la novela que os he anunciado, y cuyo primer capítulo se remonta á la primavera última, algún tiempo después de mi llegada á París y de mi éxito en la exposición, que me había abierto muchos salones artísticos y aristocráticos.

Una mañana del mes de Abril pasado fuí á visitar en el Pere-Lachaise la tumba de mi hermano, puesto que hice transportar su cuerpo á Francia. En aquel fúnebre recinto tuvo lugar la escena más interesante de mi aventura. Encontré allí, en circunstancias

bastante singulares, una mujer á la que mi presencia pareció sorprender en extremo. Antes que pudiera hablarla me abrumó á reproches acerca de mi insistencia en perseguirla continuamente. Hice lo posible para reconocer á tal mujer y mi memoria no me recordaba ninguno de sus rasgos. En efecto, la veía por primera vez; y después de haberme rogado que no la persiguiera, como lo había hecho antes, aquella mujer me dejó solo. No hubiese encontrado la llave de este misterio á no ser por una rarísima casualidad. Dirigí una mirada á la tumba, encima de la cual hallé desmayada á mi hermosa desconocida, y la inscripción grabada en la piedra me indicó que aquella sepultura era la de Mr. Champlouis, y no me quedó duda alguna cuando abrí un tarjetero extraviado á la mujer de luto y pude convencerme que se trataba de la viuda de nuestro bienhechor, de Mr. Champlouis, cuya tumba se hallaba á dos pasos de la de mi hermano. Pero entonces, ¿cómo Mme. Champlouis, á quien jamás había visto, pretendía reconocerme? y ¿por qué se lamentaba de mis persecuciones? Esto era lo que me abismaba en profundas confusiones.

La segunda escena de mi novela debía explicarme todo lo que en la primera me pareció obscuro, y he ahí cómo una hora después de mi primer encuentro con madame Champlouis me hallé nuevamente frente á ella en una casa que yo visitaba. era en la Calzada de Antui y en casa de la condesa de Alpuis.

Viéndome entrar en el salón, adonde acababa de llegar poco antes que yo, pues nuestros dos carruajes se habían, por decirlo así, seguido, Mme. Champlouis palideció súbitamente y dirigióme una mirada llena de reproches; después, pretestando una indisposición, se retiró prestamente.

La condesa, á la que aquella escena muda no había escapado, me abrumó á interrogaciones.

—Seguramente—me dijo—existe algo entre vos y mi amiga, ya conocéis mi discreción, contádmelo todo... tal vez podré seros útil; en tal caso sería dichosa si quisiérais utilizar mi amistad.

La condesa de Alpuis era una excelente señora. De un espíritu muy elevado y de una discreción reconocida, me podía ser realmente útil. No necesité, pues, de

más excitaciones para referirla lo que aquella mañana me había ocurrido con madame Champlouis. Creí además necesario informarla de la desdichada pasión que mi hermano había concebido por ella.

—Pero—me dijo la condesa después de haber escuchado atentamente—¿que significan esas persecuciones de las que Carolina se lamenta?

—He aquí precisamente lo que ignoro y lo que me inquieta—respondí.

—Está bien—replicó la condesa.—Señor, si tenéis confianza en mí, os prometo antes de poco poseer la llave de este enigma. Soy la mejor amiga de vuestra enemiga. Puesto que decididamente os halláis en plena hostilidad, con los antecedentes que tengo, os aseguro que obtendré de Carolina todas las explicaciones que puedan interesaros. Venid á verme dentro de ocho días.

Una semana había transcurrido apenas, cuando recibí una esquela, por la cual madame de Alpúis me invitaba á personarme en su casa.

—¡*Fiat Lux!*—me dijo la condesa viéndome entrar.—Nuestro misterio se ha descifrado. Hablé con Carolina, la que entre pa-

réntesis se halla altamente preocupada de vos, desde el día de vuestro encuentro en el cementerio. Parece que si vos no la habéis visto nunca, ella os había observado hace tiempo. Muy amenudo os ha encontrado y os ve casi todos los días en el salón de una casa situada enfrente á la suya, lo que la hace creer que sois su vecino. Unicamente, que existe un *quid pro quo*. Carolina os toma por otro.

Ignora la muerte de vuestro hermano, del que, con harto trabajo, me ha confesado el amor que aquél le profesaba; y vuestra extraña semejanza con Luciano, es la que da origen á su error. Parece que últimamente en un baile, el único al que ha concurrido después de la muerte de su marido, Carolina os ha encontrado y vuestra vista le ha conmovido extraordinariamente. Aunque no la hablarais, pensó que habíais ido por ella; y tomándoos siempre por Luciano, se imaginó que habíais abandonado Africa para renovar la rota cadena de vuestra pasión. De ahí sus acusaciones de persecución y de ingratitude de que se lamentaba. He tenido gran trabajo en convencerla de su error. Ha dudado tanto, que conduciéndola ante la

tumba de Luciano, pude convencerla de que decía la verdad.

Ahora, mi querido Alfonso, sed franco hasta el extremo: decidme si es verdad que no conocíais á Carolina y si es en Pere Lachaise en donde por primera vez la visteis. Esplicadme vuestros encuentros mútuos y qué significa esa vecindad de la que ella me ha hablado.

—¡Dios mío!—contesté á la condesa,—nada más sencillo. Es posible que en el error en que vive Mme. Champlouis á causa de una semejanza poco vulgar con mi hermano; es posible, repito, que esa señora haya juzgado persecuciones los encuentros debidos á la casualidad. En efecto, ahora creo haberla visto muchas veces, pero no era mas que una extraña para mí. En cuanto á esa vecindad, es una cosa muy natural y en la que nada hay de combinación, os lo aseguro... El escultor P..., mi antiguo maestro, tiene su taller enfrente de la casa de Mme. Champlouis; y nada tiene de particular que me haya visto desde sus balcones, porque voy todos los días á casa de P... para consultarle. He aquí, señora, la verdad exacta; y si tengo el honor de haber sido

observado por Mme. Champlouis, os juro que lo ignoraba por completo.

—Ahora lo sabéis ya—contestó la condesa—y no vaya á serviros mi confianza para dar vida á cualquier suceso amoroso; ¿quién sabe si después de ocho días no habréis pensado en ser el heredero de la pasión de vuestro hermano? Sería tiempo perdido, os lo aseguro. Carolina adora á su marido muerto, más tal vez de lo que le amara vivo. Quiere vivir en eterno luto, y ha renunciado para siempre al mundo, pasando sus días cerca de la tumba del difunto.

—Pero—dije yo—al lado de la tumba del marido está la tumba de un amante, muerto por ella; y llorando por la memoria de uno, ¿quién sabe si quizá piensa un poco en el otro?

—¿Al otro, á quien vos tanto os parecéis?—me replicó la condesa riendo.—Os veo venir. Una vez más os digo: cuidadito, amigo mío. Os lo repito; conozco á Carolina, es bretona, es decir, terca en sus afecciones como en sus antipatías.

Ignoro si es sincera; pero ha jurado á su marido una fidelidad eterna, y se prepara á ofrecer al mundo que la observa con aire

de poner en duda sus penas, el espectáculo de una nueva Artemisa.

Dejé á la condesa, asegurándola que no pensaba en lo más mínimo en atentar al recuerdo que Mme. Champlouis conservaba á su marido, y que, por otra parte, la religión fraternal me privaba pensar en una mujer que había sido involuntariamente la causa de la muerte de mi hermano.

Hasta aquí el segundo capítulo de mi novela. Pasemos al tercero.

Hace ocho días recibí de mi anciano maestro, actualmente en el campo, una carta que decía así:

«Mi querido Alfonso:

A vos, cuyo éxito ha ilustrado brillantemente mi escuela, me dirijo para rogaros un favor que sois particularmente digno de prestarme. Es por lo demás una nueva ocasión de dar una prueba de vuestro innegable talento. Varios encargos del Gobierno me obligan durante un año al menos á rehusar todos los trabajos que me confian; así, pues, os envío á una persona que desea eternizar por una obra de arte, el amor que conserva á su marido, muerto hace un año. Es algo raro, pero es como os lo digo. Esa

señora ha pensado en mí para la ejecución de un monumenso fúnebre, en el cual está dispuesta á gastar sumas importantes. Pero, como ya os he dicho, me es imposible aceptar en estos momentos. Le he prometido enviarle á uno de mis mejores discípulos, á un artista cuya reputación eclipsará mañana la mía. Ahora os ruego que no me desmintáis rehusando reemplazarme en este trabajo, que puede reportaros gloria y provecho.

Id pronto á ver á Mme. Champlouis, calle de Vangirard. Mi carta os servirá de presentación.

Os estrecho con efusión vuestra mano, que veo con tanto placer rival de la mía.

Vuestro amigo,

P....»

Ya comprenderéis, amigo mío, que esto resultaba muy agradable para que rehusara la proposición que tan galantemente me hacia mi ilustre maestro. Encantado además, de tener un serio motivo para reanudar mis relaciones con Mme. Champlouis, fui al día siguiente á su casa provisto de la carta de P...

Supé allí que Mme. Champlouis había ido á pasar ocho días con su familia, que habita en los alrededores de París. Espero, pues, con impaciencia que su regreso venga á darme materia para añadir un nuevo capítulo á esta novela, de la que os tendré al corriente de su desenlace.

Adios, mi querido Estanislao... Una vez más, ánimaos y venid á París, donde seréis acogido con alegría por el público que se apasiona por los nuevos y orgullosos genios. Sois aún desconocido pero no lo seréis mucho tiempo; con tres pasos, los gigantes como vos llegan á la Gloria si la Gloria va delante de ellos.

Siempre vuestro,

ALFONSO DE MARISSAC.

IV

Seis meses después del día en que Alfonso de Marissac escribió á su amigo la carta que precede á este capítulo, conduciremos al lector al taller de Alfonso. Ya se sabe más ó menos qué es un taller de artista, y nos creemos dispensados de una descripción detallada. Situado en los bajos de una

casa de la calle de Ouest, aquel taller se componía de una pieza vastísima, muy elevada, que recibía la claridad por una inmensa claraboya de cristal y se abría sobre un jardín, con el cual estaba en comunicación por una puerta igualmente de cristales. Los muros, recubiertos de una pintura gris destinada á regularizar la luz, estaban adornados con gran cantidad de barro modelados, y encima de un estante en forma de galería, se hallaban colocadas muchas obras concluidas y empezadas, figuras, bustos en mármol ó en barro, y en medio de estos bustos el de Luciano de Merissac en traje de oficial con su condecoración. En el centro de la habitación, sobre un inmenso pie, elevábase un tosco bloque de mármol que el cincel del práctico había ya desbastado lo suficiente para que se pudiese reconocer en grande la copia de un modelo en barro que se hallaba puesto al lado, y en el que, después de ligero examen, podía fácilmente reconocerse un monumento fúnebre.

En aquel momento, Alfonso, en traje de taller, continuaba con Mme. de Alpúis una conversación empezada hacía una hora, y á

la que parecía explicar los motivos alegóricos de que se componía su obra.

—Sois un artista, un gran talento, mi querido Alfonso, decía la condesa, pero sois también un gran maestro en achaques diplomáticos; habéis hecho, y no sin quererlo, dos obras maestras, y la que más admiro no es precisamente la debida á vuestro admirable cincel... Unicamente me permitiréis que os diga que habéis pagado mi oferta de serviros con una discreción de la cual debería guardaros rencor, sobre todo ahora que os dignáis recurrir á mi ayuda. Vamos, en dos palabras, sedme franco: ¿cuál es vuestro objeto? ¿adónde vais á parar? ¿Es solamente la gratitud la que os impulsa á elevar al hombre que ha sido vuestro bienhechor una tumba que será una obra maestra de arte al propio tiempo que una obra maestra de ironía, toda vez que no me he equivocado como mi ingenua amiga, que se ha confiado enteramente á mi afecto mientras vos hacíais el discreto? Veamos si ella ha sido confiada hasta el fin ó si vos lo habéis sido con ella.

—No tengo nada que añadir á lo que os haya dicho Mme. Champlouis—respondió Alfonso.—Después de haber rehusado largo

tiempo confiarme la ejecución de un monumento que debía consagrar á la memoria del hombre del que llevaba el nombre, he conseguido vencer su obstinación invocando el derecho casi filial que tenía de asociarme á este acto de religioso recuerdo. Gracias á Mr. Champlouis pude adquirir la posición que ocupo en el mundo del arte; y si no pude probarle mi gratitud durante su vida, he debido aceptar la ocasión que se me presenta y que me permitirá atestiguarla públicamente después de su muerte. Lo repito; Mr. Champlouis tuvo durante largo tiempo una ternura verdaderamente paternal por mí, y un hijo tiene el derecho de elevar una tumba á su padre.

—Ciertamente que es loable todo lo que decís, mi querido Alfonso, pero ¿estáis seguro de que el sentimiento que invocais no ha cambiado de nombre desde el día que habéis comenzado este trabajo, que haría vuestra reputación si no estuviese ya hecha? ¿Es únicamente la gratitud la que os inspira? ¿Y esta gratitud tan ingeniosamente pretextada y explotada, no sería tal vez, sin quererlo, un camino á cuyo extremo os encontrarais en la frontera del olvido?

—¡Ah, señora!—dijo Alfonso con un gesto de contrariedad.

—Y vos no os encontraríais solo—continuó malignamente la condesa de Alpui señalando el monumento ante el cual se hallaba: ha debido acompañaros una persona de la que veo aquí en mármol la imagen inconsolable, derramando lágrimas que desde algún tiempo afluyen con menos abundancia á los ojos del original.

Para que hayáis podido esculpir tan perfectamente el parecido que se observa en esta figura que quedará eternamente bañada en llanto, convendréis conmigo que hace falta algo más que talento. Esta figura es un retrato demasiado parecido para suponer que el modelo no ha asistido á las sesiones, y vos no seríais el primer artista que ha caído loco de amor en brazos de sus modelos. Espero que ya que he tratado la cuestión sin ambages, seréis bastante amable para responderme, mi querido artista, concluyó diciendo Mme. de Alpui mirando de hito en hito al joven, que á su pesar bajó los ojos ante la interrogación que le había sido hecha.

—Pero, señora, balbuceó débilmente, os

aseguro que os equivocáis; mis sentimientos por Mme. Champlouis no han traspasado jamás los límites del mas profundo respeto y de la admiración vivísima que merece por su fidelidad guardada. Y por otra parte, aunque Mr. Champlouis hubiese sido para mí un extraño, existe otro motivo, también sagrado. Yo no podré olvidar nunca que esa señora fué amada por mi hermano y que murió por ella. Debéis comprender ahora, que en el caso que hubiese tenido el pensamiento que habéis supuesto, inmediatamente lo hubiera rechazado como se debe hacer con toda idea perversa.

—¡Ah! mi buen amigo, replicó la condesa, á vos, que generalmente usais una franqueza encantadora, deben repugnaros mucho todas esas falsedades, todas esas hipocresías de lenguaje que componen vuestra defensa, ¡como si después de todo estuviéseis acusado de un crimen!

Poseéis, sin embargo, bastante experiencia de la vida para saber que todo tiene un término limitado por la naturaleza. Profesabais á Mr. Champlouis un profundo respeto basado en una gratitud inmensa, pero si vuestro hermano viviese, hubierais sido el

primero en alentar su amor por la viuda de su bienhechor sin que jamás, ni aun con el pensamiento, se os hubiera ocurrido ser su rival. Las circunstancias ahora son otras: Mr. Champlouis y vuestro hermano han muerto, la casualidad os ha aproximado á la mujer que amaron los dos, vuestras relaciones con ella son bastante frecuentes para conducir os á este extremo, que no ha sido combinación pero que debiera haber sido previsto por ambas partes; y he ahí cómo partiendo de un sentimiento, poco á poco, vos, siguiendo su natural pendiente, llegáis á otra que no os atrevéis á confesar, tanto asusta á vuestra lealtad... muy honrosa... pero un poquito exagerada. En una palabra y para resumir vuestra posición actual, vuestra gratitud por Mr. Champlouis os conduce derechamente al amor por su mujer, la que, por su parte, queriendo eternizar un recuerdo extranatural, se ha encaminado insensiblemente con vos hacia una senda que la lleva dulcemente al olvido. Sabed al menos, mi querido niño, que si vos y Carolina no fuerais dos inocentes, dos corazones llenos de buena fe y de sinceridad,

esa gratitud por partida doble sería sencillamente una monstruosidad.

Porque, en fin, como acabo de indicaros, esta tumba no deja de ser una ironía esculpida en mármol; y si se supiera en nuestra sociedad el singular desenlace que trae aparejado, no faltaría quien dijera que habíais puesto esta gran piedra sobre la sepultura del difunto para impedirle volver á la vida; tenéis una manera muy original de entender el recuerdo y, sin embargo, decidme si existe mejor medio para acordarse de un hombre que el de casarse con su mujer. Vuestra novela es muy original, muy excéntrica, pero debe concluir muy vulgarmente, por un contrato.

Así es el mundo, amigo mío, y es forzoso someterse; el último capítulo de una novela cae siempre encima de la peluca de un notario, caso de que lleve peluca. Y á propósito de notario, os recomiendo el mío.

—Señora condesa—contestó Alfonso,—vuestra clarividencia ha penetrado un secreto que hubiera querido ocultar á mí mismo. Sí, amo á madama Champlouis; en vano desde su nacimiento he querido ahogar esta pasión, en vano evoqué para

vencerla los celosos fantasmas de Mr. Champlouis y de mi hermano, en vano ha querido hablar en mí la voz austera de la razón, mi amor ha sido más fuerte y todo lo que he podido conseguir es callárselo á la que de él es objeto. Os juro que Mme. Champlouis ignora hasta qué punto la amo; confiada en mí, viene muy amenudo á este taller, como si fuera á casa de un extraño, á casa de un artista con el que un voto respetable y piadoso la obligara á tener relaciones; y si por consecuencia ha querido otorgarme un poco de la amistad que su marido sentía por mí, jamás se me ha escapado una sola palabra que le permitiese sospechar que...

—¡Ah! ¡bah! querido amigo, ¿estáis loco ó no queréis comprenderme? ¡Cómo! ¿No véis que hace una hora me muerdo por deciros que Carolina sabe perfectamente hace seis meses que no habéis hecho el arte por el arte?

—¿Qué decís?—gritó Alfonso—¿madame Champlouis sabe acaso?...

—Amigo mío, no experimento mayor placer que el de adivinar los secretos, y el vuestro era tanto más fácil de adivinar cuanto que era el suyo; únicamente que vos ha-

béis sido menos hábil que ella. Y ahora creed que he venido á mezclarme en este asunto por mi propio impulso y porque tengo todos sus detalles y sus progresos día por día, hora por hora, no porque vos hayáis sido indiscreto, sino por Carolina, la que si bien es cierto no me ha hablado nunca de vos, dos meses después de haber empezado vuestra amistad con ella, no me ha hablado ya de su marido, y poco á poco ha dejado sus tocas de luto para vestirse trajes de colores claros, que están llenos de indiscreciones; en fin, hace dos meses que no he sorprendido una lágrima en sus ojos; muy al contrario, la otra noche, en el teatro de Vaudeville, y oyendo una pieza de Arnal, se puso á reír como una loca, sin duda para ocultar la emoción que le causaba vuestra inesperada presencia en un palco vecino al nuestro. ¿Queréis, querido Alfonso, hacerme el obsequio de venir esta noche á pasar la velada en mi casa? Veréis á vuestra Artemisa prendida con gracia exquisita, como estaba ayer cuando me acompañó al teatro.

—¡Oh, señora!—exclamó Alfonso con los ojos radiantes de alegría y recorriendo á grandes pasos su taller con aquellos gestos

propios de los enamorados y de los locos; ¡oh, señora! os deberé mi felicidad...

—Vamos—dijo la condesa mirando al artista con aire lleno de ironía y amenazándole con el dedo—creo que sois un gran comediante. A propósito, me arreglaré de manera que Carolina no tenga flores...

—Me tomaré la libertad de ofrecerle algunas—replicó Alfonso.

—¡Ah!—dijo la condesa al salir.—Leo en vuestros ojos que me habéis comprendido...

Cuando se quedó solo, Alfonso sentóse ante una mesa, tomó papel y pluma y pasó tres horas en hilvanar cuatro banalidades en una docena de hojas de papel.

A las ocho de la noche no había escrito tres líneas que le satisficieran.

V

Aquella noche había gran baile y recepción artística en los salones de la condesa de Alpúis, en los cuales dos veces al mes los nombres más ilustres de la aristocracia y de las artes se daban cita. Con objeto de hallarse un momento sólo con la condesa, Alfonso de Marissac llegó muy temprano.

Mme. de Alpúis le indicó hábilmente el plan de conducta que debía seguir con madame Champlouis, á la que había suplicado que viniese antes que los demás invitados. Cerca de las nueve, la joven y hermosa viuda se hizo anunciar en el salón de la condesa, que se hallaba sola todavía con Alfonso. Al verle allí, Mme. Champlouis palideció ligeramente, y para disimular su emoción entabló con la condesa una discusión muy animada á propósito de modas.

De pie, en el ángulo del *boudoir*, Alfonso, silencioso, contemplaba á Mme. Champlouis con el semblante animado por la fiebre de una curiosa atención.

—¿Qué significa este olvido, querida mía?—dijo de repente la condesa de Alpúis.—¡Cómo! ¿vos que sois esta noche tan intrasigente en materia de elegancia, venís al baile sin flores? ¿Cómo queréis que esos señores os comparen á las rosas y á los lirios si no tenéis en la mano el pretexto natural para la comparación? ¡Asistir á un baile sin flores! Realmente es un atentado á la elegancia, un crimen de lesa coquetería. Monsieur de Marissac—añadió la condesa dirigiéndose al joven artista y haciéndole un

gesto con los ojos,—ofreced, pues, á la señora las flores que habéis traído como si tuviérais la previsión de su olvido. Acaso también me las dedicaríais advertido por mi primo, el caballero que tiene la costumbre de inundarme de flores. Tomad, querida mía—continuó Mme. de Alpui ofreciendo á Carolina las flores, que se decidió á aceptar después de una ligera vacilación;—tomadlas, tomadlas; estas flores os sientan mejor que á mí porque la presencia de las escabiosas entre ellas indican que estaban destinadas á una viuda.

En aquel momento un criado vino á participar la llegada de algunos invitados, y Mme. de Alpui, seguida de Alfonso y de Carolina, pasó al salón, en donde hasta entonces uno de sus parientes, el caballero de Neuil, había hecho los honores.

A media noche, la condesa acercóse al artista, llevándole á un ángulo del salón.

—Carolina ha encontrado vuestro billete.

—¿Lo ha leído?—preguntó el joven temblando.

—Sí, lo ha leído.

—¿Se ha incomodado?

—Pretextó un poco de fatiga para retirarse un instante á mi *boudoir*.

—¿Pero habéis observado si se incomodaba por mi esquila?—repitió con inquietud Alfonso.

—En mi *boudoir*—contestó la condesa—está leyendo por segunda vez vuestra esquila, que tal vez contiene algún párrafo difícil...; id á explicárselo vos mismo.

—¿Cómo?

—Atravesad el salón y dirigíos á mi cuarto; la puerta de la derecha da al *boudoir*. Os garantizo un cuarto de hora de soledad, pero os exijo que no estéis más tiempo. Basta un cuarto de hora á un valiente para tomar por asalto la plaza más formidable, sobre todo cuando el sitiado le ofrece una escala. Id...

—Al fin—murmuró para sí la condesa al quedarse sola.—Algo me ha costado, pero lo he conseguido. Tal fidelidad era escandalosa para el mundo que no ve con gusto las acepciones peligrosas para los veintidós años de Carolina.

Mme. de Alpui volvió á mezclarse entre sus convidados.

A las doce y media, aunque nadie se había fijado en la ausencia de Alfonso y de

Mme. Champlouis, la condesa observó que no habían regresado al salón.

—He ahí un cuarto de hora secular,—pensó la condesa mirando el reloj.—¡Bah! preciso es dejarles más tiempo.

En aquel instante apercibió al artista que se adelantaba para saludarla.

Iba á interrogarle, cuando vió en el ojal de su frac dos ó tres flores de escabiosa.

—Bien, bien—exclamó esquivando al joven.—La plaza se ha rendido y habéis conquistado su bandera.

Diez pasos más allá, Mme. de Alpúis encontró á Carolina.

—Toma—le dijo la condesa designando las flores que tenía su amiga en la mano;—¿habéis perdido las escabiosas? Acabo de tropezar con uno que las ha encontrado.

—¡Ah, querida mía! ¡si vos supiéseis!—respondió Mme. Champlouis atrayendo á su amiga hacia el hueco de un balcón.

—¡Cómo! ¡si yo supiese! ¿Es que os figurais acaso que vais á contarme algo nuevo?

—¡Ah!—dijo Carolina bajando los ojos;—¿vos lo habíais adivinado?

—He adivinado todo lo que me habéis dicho, queriendo ocultármelo todo... Mas

veo que se hace tarde y es preciso que penséis en retiraros. Mr. de Marissac,—dijo la condesa á Alfonso—¿queréis hacerme el obsequio de conducir á Mme. Champlouis hasta su carruaje?

Alfonso se inclinó, y al dar la mano á Carolina, no pudo resistir al deseo de estrechar la de la joven.

—La pregunta ha tenido respuesta—pensó Mme. de Alpúis que observaba desde lejos á los dos jóvenes.

Cuando todos los invitados se marcharon, la condesa retuvo un momento á su lado al caballero de Neuil, su primo, que se disponía á partir.

—Primo mío—le dijo—os agradecería infinito que os dignárais retrasar un mes vuestro viaje.

—¿Por qué?—preguntó el anciano señor.

—Porque Mr. Alfonso de Marissac desearía que le otorgáseis el honor de ser testigo en su matrimonio.

—¡Holal ¡holal ¡se casa?

—Sí.

—¿Con quién?

—Os lo diré con reserva... Con mi amiga madame Champlouis.

—¡Cómo! ¿Mme. Champlouis, la inconsolable, la fiel Artemisa que quería llorar eternamente á su esposo?

—Ha llorado ya tanto, que no sabe en dónde hallar más lágrimas.

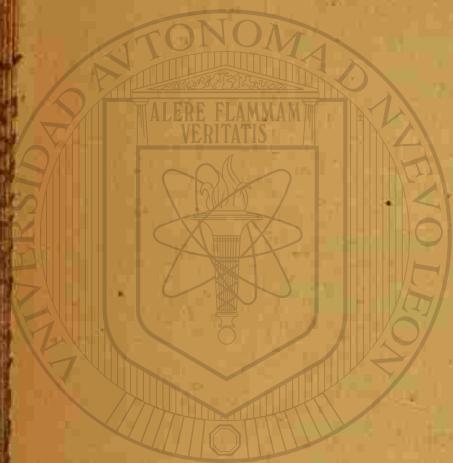
—Así, pues, nuestro célebre artista la ha podido consolar.

—Dios mío, sí, llorando con ella y edificando en mármol un magnífico panteón que debe atestiguar su eterno recuerdo á la memoria de Mr. Champlouis, que era hombre de mucho ingenio para incomodarla si pudiese saber esta noticia desde el otro mundo.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCIÓN REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

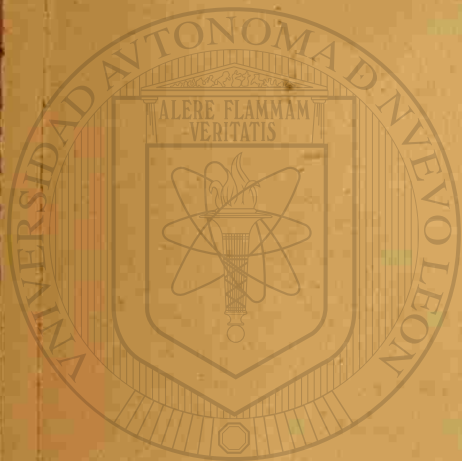
- I.—DE CARNE Y HUESO, libro original de Eduardo Zamacois.
- II.—LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.
- III.—PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
- IV.—LA QUERIDA HEBREA, por F. Champ-saur.
- V.—UNA NOCHE DE CLEOPATRA, por Teófilo Gautier.
- VI.—LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
- VII.—BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.

- VIII.—LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
- IX.—INCESTO, preciosa novela original de Eduardo Zamacois.
- X.—UN CORAZON SENCILLO, por Gustavo Flaubert.
- XI.—MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
- XII.—MAGDALENA FERAT, por Emilio Zola. (Tomo I.)
- XIII.—MAGDALENA FERAT, por Emilio Zola. (Tomo II.)
- XIV.—LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Enrique Murger.
- XV.—PUNTO-NEGRO, novela original de Eduardo Zamacois. (Tomo I.)
- XVI.—PUNTO-NEGRO, novela original de Eduardo Zamacois. (Tomo II.)
- XVII.—LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
- XVIII.—FELICIDAD, por Emilio Zola.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

©



LA VIDA GALANTE

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Administración: Gravina, 10, Barcelona

Apartado de Correos n.º 178

LA VIDA GALANTE es una de las revistas más interesantes, porque publica los cuentos é historietas ilustradas por un novísimo procedimiento fotográfico no empleado aún en España.

La primera y última página de esta revista serán siempre dos hermosos cromos tipolltográficos.

Precio del número corriente: 20 céntimos.

Número atrasado: 25 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

| | | |
|--------------------|-------------------|-------------|
| España y Portugal. | { Seis meses. . . | 6 pesetas. |
| | { Un año. . . | 11 „ |
| Extranjero. . . . | Un año. . . | 12 francos. |



UABO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BUARAMANGA



PO
N